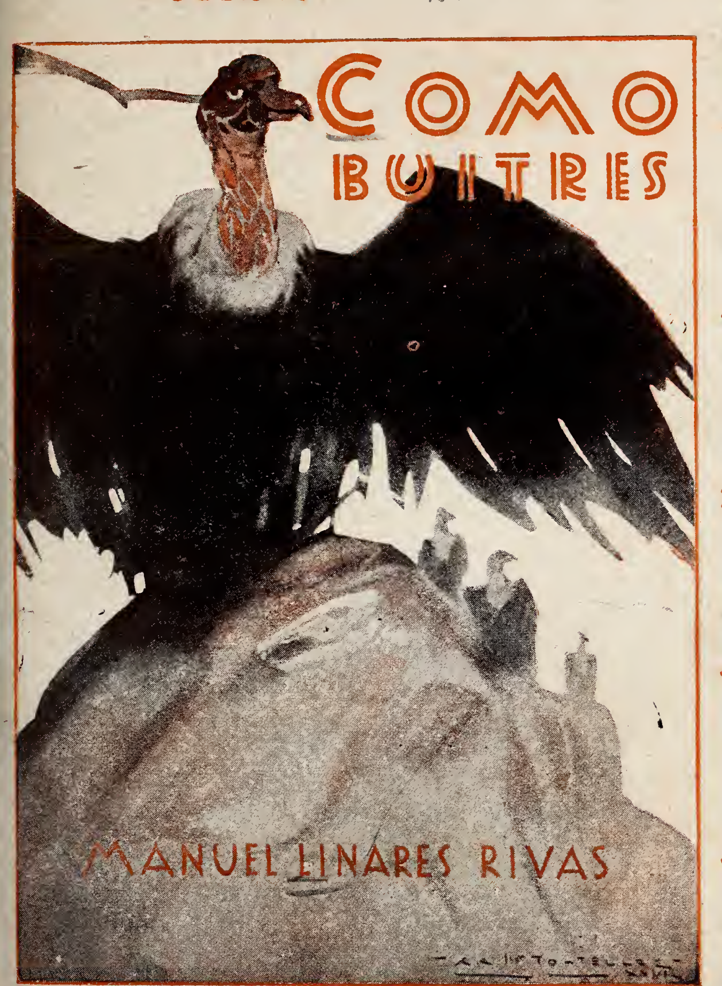
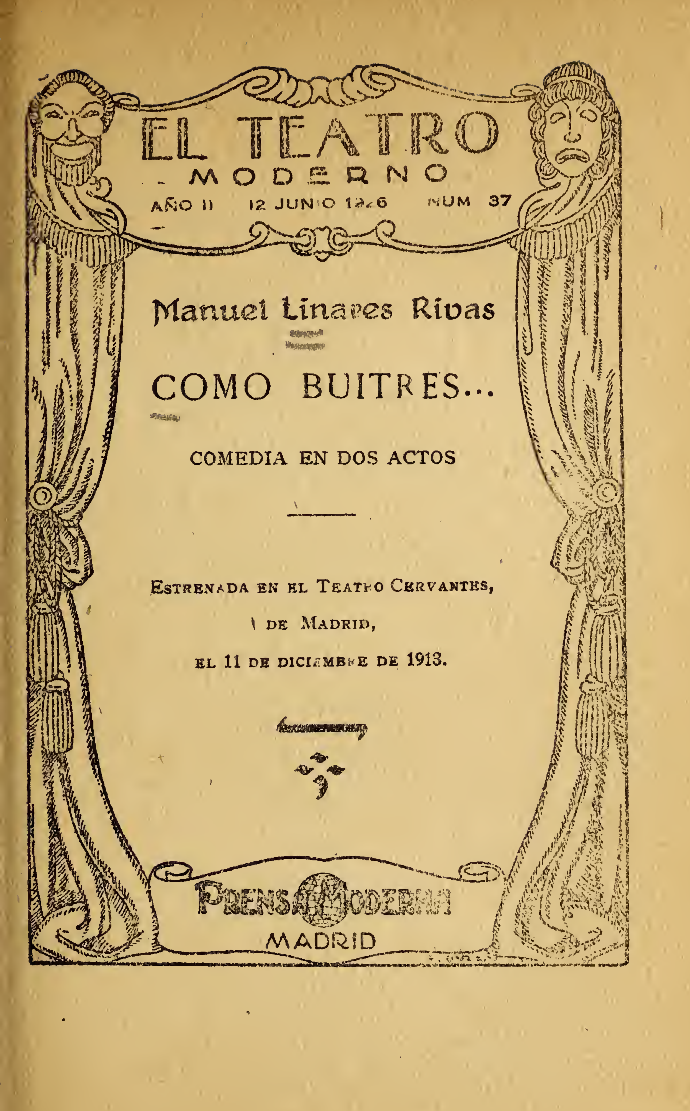
EL TEATRO MODERNO



50 CENTIMOS

PRENSA MODERNA

5

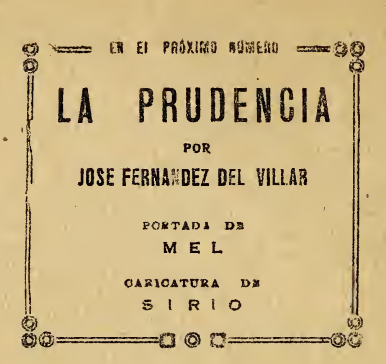


Manuel Linares Rivas

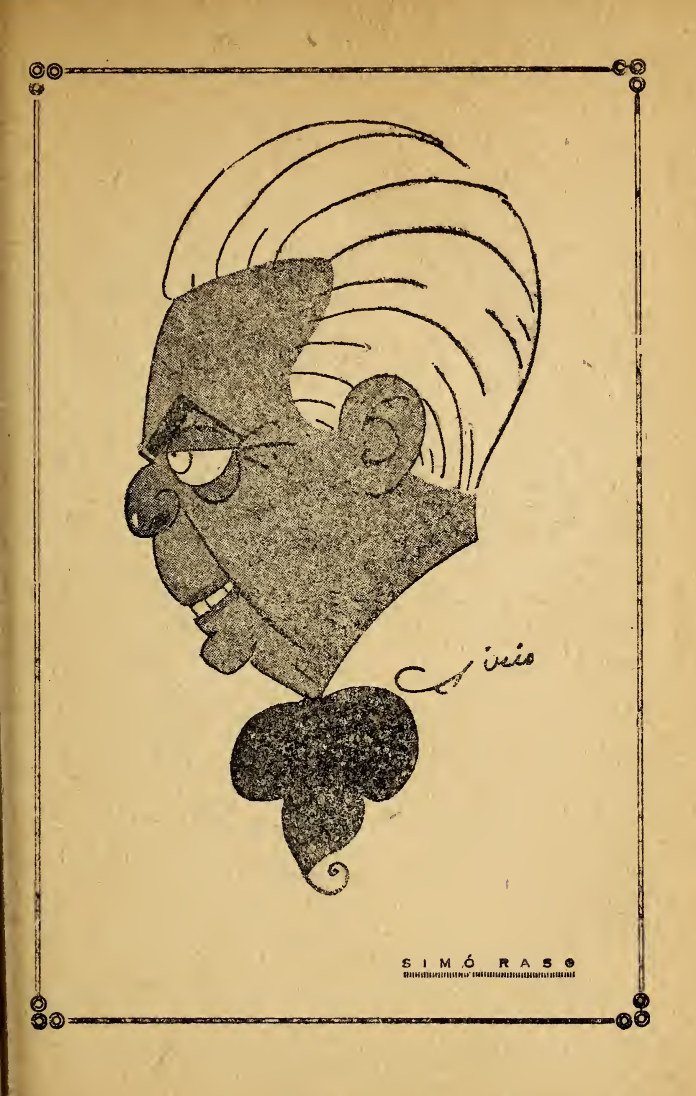
COMO BUITRES...

COMEDIA EN DOS ACTOS

ESTRENADA EN EL TEATRO CERVANTES, DE MADRID, EL 11 DE DICIEMBRE DE 1913.



IMP. SÁEZ HERMANOS
NORTE 21 MADRID



SIMÓ RASO

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
Paz...	Sra.	*Roca.*
Matilde...	"	*Santaularia.*
Jacinta...	"	*Simó.*
Camila...	"	*Ríos.*
Paquita...	"	*Calvo.*
Ambrosia...	"	*López.*
Mlle. Bertile...	Srta.	*Montilla.*
Don Perfecto Sanjuanella...	Sr.	*Simó Raso.*
Saturnino...	"	*La Riva.*
Antolín...	"	*Marchante.*
Jacobo...	"	*Sapela.*
Juan Antonio...	"	*Meseguer.*
José...	"	*Molinero.*
Ernesto...	"	*Estévez.*
El Notario...	"	*Guillot.*
Blas...	"	*Palma.*

La acción en Villalinda.—Epoca actual.

Derecha e izquierda las del actor.

ACTO PRIMERO

Una sala de gente rica en casa de Paz. Es por la mañana, en octubre.

ESCENA I

Saturnino y *Blas*, que entra por la izquierda y deja un legajo de papeles sobre la mesa.

BLAS. Ya tiene ahí todo lo que estaba apartado en la estantería del despacho. ¿Quiere algo más?

SATUR. No.

BLAS. Hoy va a ser, don Saturnino...

SATUR. Hoy, Blas. Pero lo que va a ser únicamente lo sabe Dios.

BLAS. Si fuera cosa suya, buena sería. Y desde luego, la millonada va por la señorita Paz: eso no tiene duda.

SATUR. Así parece...

BLAS. La cuestión para mí está en lo que nos haya dejado a nosotros.

SATUR. Dilo mejor: la cuestión para ti está en lo que te haya dejado a ti.

BLAS. Lo de nosotros era una finura; pero claro que lo mío me interesa más que lo de nadie.

SATUR. Lo malo para todos consiste en que el testamento es ya de hace nueve años, y aunque pensaba revocarlo, le sorprendió la muerte antes de que lo escribiera.

BLAS. Más de nueve y más de diez y ocho llevamos aquí todos; que yo entré a los once y voy para los treinta.

SATUR. Allá veremos lo que dispuso...

BLAS. Y caso de que no fuera a nuestro gusto, ¿no se podría enredar alguna trampa...?

SATUR. No se hacen con tanta facilidad...
BLAS. Nosotros, no; pero un abogado bueno o un juez malo creo yo que no tendrían muchas dificultades... ¿Usted qué dice?
SATUR. Que lo primero es aguardar y enterarnos. A las doce leerán aquí el testamento y después ya veremos...
BLAS. Es buena idea. Pero cónstele a usted que yo en estas cosas de leyes, estoy mucho por las trampas.
SATUR. No eres tú solo.
BLAS. Voy para los treinta años; hay experiencia ya...

ESCENA II

Dichos y *Paz,* por la derecha. Afectuosa siempre y con todos.

PAZ. ¿Qué haces aquí?
BLAS. Dándole a la conversación lo suyo.
PAZ. Pues dale también un poco a la obligación. Anda ..
BLAS. Allá voy. *(Mutis por la izquierda.)*
PAZ. ¿Está todo, Saturnino? ¡Que no falte ningún documento!
SATUR. No falta ninguno. Lo que parece mentira—verdad que todo parece mentira en esta casa desde hace tres meses...—es que usted se tome con tanta calma el que otros vengan a repartir con usted.
PAZ. ¿Quién soy yo para oponerme?
SATUR. ¿No fué usted para don Santiago igual que una hija por el cariño y mejor que una hija por lo agradecida?
PAZ. Sólo faltaría que fuera ingrata...
SATUR. ¿Y don Santiago tenía herederos forzosos? ¡No! Pues entonces lo justo era dejárselo todo a usted y no partir con nadie la fortuna, llamando a hermanos y a sobrinos que no fueron nunca

sobrinos ni hermanos, porque nunca se trataron.

PAZ. Si el pobre don Santiago hubiera modificado el testamento como deseaba y como tantas veces me lo dijo, seguramente habría sido todo para mí...; pero aunque no lo sea, la fortuna es muy sobrada para que no me cause gran perjuicio el que haya dejado unas mandas a sus parientes.

SATUR. Y gracias todavía, que si llega a morir sin testar...

PAZ. *(Asustada.)* No lo pensemos...

SATUR. Cuidado que yo se lo predicaba: Pero señor don Santiago de la Iglesia, arregle sus asuntos... Y por culpa de ese confiarse en la vida, que es lo menos confiado que uno debía tener, aquí estamos todos un poquito nerviosos hasta averiguar en qué para eso de fijo... Y hay que resignarse... y hay que poner buena cara a ese don Perfecto Sanjuanella, que Dios confunda, amén.

PAZ. Es el albacea testamentario.

SATUR. Y es el hombre más desvergonzado de la tierra y en el pueblo no lo trata ninguno porque para él no hay nada respetable y se burla de todo y de todos. Más veces que yo se lo dije a don Santiago... ¡Quite usted a ese hombre! No cambie usted el testamento si no quiere; pero quite usted a ese hombre, que es una mala vergüenza que le haya usted concedido las amplísimas facultades de albacea, contador y partidor... ¡y amo de la herencia de usted!

PAZ. Fueron íntimos amigos...

SATUR. Una mala amistad.

PAZ. Tú le tienes un poco de manía...

SATUR. Yo no soy más que el apoderado y me toca obedecer. Que estén en orden las cuentas y los recibos... y hemos terminado. Pero si yo fuera alguien en la casa entraba al despacho, porque no se le puede negar la entrada al alba-

cea en tanto que no termine los negocios; ¿pero aquí? Ni pisar el suelo.

PAZ. ¿Y si yo te dijera que tengo confianza en él?

SATUR. Pues contestaría que la embaucó, porque es listo y habilidoso y sabe más cuquerías que un gitano, y porque su oficio es ése: el embaucar a las gentes.

PAZ. No tienes motivo para hablar así.

SATUR. No lo tendré...; pero le retorcía el pescuezo muy a gusto para empezar las amistades y... *(Interrumpiéndose porque le advierte Paz con una seña que alguien entra.)*

ESCENA III

Dichos y *Perfecto*, por el foro.

PER. ¿Se puede?

PAZ. Adelante.

SATUR. *(Obsequioso.)* Pase, don Perfecto, pase. ¿Quiere una copita de coñac?

PER. En ayunas, no. Tráeme dos de ginebra.

SATUR. Mire que es muy bueno...

PER. Bueno, entonces. Tráeme la copita de coñac, que la beberé por excepción. Y las dos de ginebra, que las beberé por costumbre. *(Mutis por la izquierda Saturnino, volviendo en seguida con lo pedido.)*

PAZ. ¿No le harán daño?

PER. No. Los licores tonifican. No abusando, claro...

PAZ. Y tres copitas...

PER. Entonan. Es la medida exacta para entonar únicamente. Lo que tal vez pudiera sentarme por lo mediano sería la intención con que las ofrecen...

PAZ. Yo aún no sé lo que es querer mal a alguien...

PER. ¿Ni a mí?

PAZ. ¿Y a usted por qué, don Perfecto?

PER. Hablan tanto a mi costa...

PAZ. Y yo sé lo que hablan; pero con eso aún no creo saber lo que es usted...

PER. Le agradezco a usted, Pacita...—los clásicos dicen Pacecita; pero a mí no me suena, y como yo hago la revolución desde el medio, en el idioma también doy unos mandobles...—. Le agradezco a usted, Pacita, que no me juzgue hasta después de tratarme. Es una justicia; pero en Villalinda resulta ya un favor.

PAZ. Pequeño.

PER. Pequeño, evidentemente, pero favor. Es usted muy buena... ya lo sabía de antes... y en pago...

PAZ. *(Atajándole.)* No, don Perfecto; no mezcle pagos y bondades...

PER. No. Que usted, heredera, me demuestre afecto a mí, albacea, no se lo estimo a usted nada. Lo que yo procuraré pagar, si puedo algún día, es la bondad que tuvo siempre con todos y para todos.

PAZ. Muchas gracias. *(Entra de nuevo Saturnino.)*

PER. Hace usted bien en dármelas, porque es usted la segunda persona de quien tengo buena opinión en este mundo. La primera comprenderá usted que soy yo...

SATUR. Muchas gracias en nombre de todos los demás.

PER. Así lo creo. Para que rectifique, demuéstreme usted que es usted bueno; yo no tengo por qué suponerlo de nadie. Y vamos con los asuntos. El notario vendrá a las doce. No hacía falta que viniera, porque me sobro yo; pero como alguna gente se paga de los títulos académicos y a mí no me estorban... ¡que vengan los notarios! Yo no los creo dañinos...

PAZ. ¡No, hombre, no!

PER. Veo que usted tampoco. Lo celebro y desearía que siempre coincidiéramos igual.

PAZ. Yo también. Si necesita algo, mande con libertad. Saturnino tiene toda la documentación.

PER. Saturnino y yo nos entenderemos perfectamente. *(Saturnino, a espaldas de Perfecto, niega con el gesto. Mutis Paz, por la derecha.)*

ESCENA IV

Perfecto y Saturnino. Luego *Ambrosia* por el foro.

SATUR. Ahí tiene el índice general. Las partidas originales están en el despacho.

AMBRO. Ya vuelvo de la fonda, señor Saturnino, y que descuide usted: todos estarán aquí a las doce.

SATUR. Los tres hermanos, don Jacobo, don Antolín y don José, que no faltarán.

PER. *(Desde la mesa.)* ¿Que no faltarán...? No sé si algún día despejado dejará el sol de lucir; no sé si alguna noche clara dejarán de asomarse luceros y estrellas... pero que no falte un heredero a la lectura del testamento, eso sí lo sé.

SATUR. ¿Les habrá dejado mucho?

PER. Algo, seguramente. A ésos y a Juan Antonio y Matilde, hijos de los otros hermanos fallecidos. Era una deuda de conciencia, una carga de justicia, como dice un epígrafe exclusivo del presupuesto español, y la liquidó.

SATUR. ¿Usted no lo sabe de fijo?

PER. No. El testamento es cerrado. Y de las demás disposiciones, que en pliego aparte depositó en la notaría, ya tienes conocimiento tú lo mismo que yo.

SATUR. Aguardaremos.

PER. Poco falta.

SATUR. *(A Ambrosia.)* ¿Y a don Juan Antonio le avisaste?

AMBRO. Sí, señor. Es muy joven el joven ése...

SATUR. Bueno.

AMBRO. Y muy simpático.

SATUR. Bueno.

AMBRO. Y muy atrevido.

SATUR. Bueno... o malo. Tú sabrás...
AMBRO. Me dió un duro... y un pellizco.
SATUR. Guárdate los dos.
AMBRO. Y para la señorita traigo un recado muy atento: que si ella se lo permite, vendrá una mijita antes de la hora para saludarla. A mí me hizo gracia lo de la mijita... *(Se ríe.)* ¿A usted, no?
SATUR. Ninguna.
AMBRO. Puede que ésta sea una de las cosas que ya no hacen gracia a cierta edad.
SATUR. Puede que sea. ¡Lárgate!
AMBRO. Con el permiso de usted... *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA V

Perfecto y *Saturnino*. Luego *Jacinta*, por el foro.

PER. *(Levantándose.)* ¿Juan Antonio estuvo aquí en la casa?
SATUR. No, señor; lo conocía de Madrid, los años que ella fué al colegio.
PER. ¿Qué tal persona es?
SATUR. Como todas las personas: bueno, hasta que le convenga ser malo.
PER. Primer punto de coincidencia. Apúntalo...
JACIN. *(Entrando.)* Ya está obedecido, don Saturnino. Por cierto que es muy graciosa la señorita ésa. En la fonda se ríen la mar con ella. Anoche pidió un entradón para la cama, que tenía frío.
PER. ¡Un edredón!
JACIN. Eso es, sí. Y esta mañana mandó que la prepararan el baño.
PER. Ya le habrán dicho que en el pueblo no hay más que uno, que se trajo hace dos años cuando el señor obispo giró su visita pastoral, y que no llegó a utilizarse porque su ilustrísima no se detuvo aquí más que ocho días.

JACIN. Naturalmente que se le dijo. Pero aun no saben ustedes la mitad de las fantasías de esa doña Matilde... ¡que por poco la echan de la posada! Al decirle que no había baño, se le puso el antojo en la cabeza de que, con unos guantes que ella trae, le diera unas friegas por el cuerpo una muchacha... ¡como si una chica decente se prestara a esas comisiones! ¡Anda que busque un mozo la muy tal si le gustan esas cosas!

PER. Sería menos escandalosa ante la opinión pública...

SATUR. ¿Pero no trae doncella?

JACIN. La doncella es otra madama, que se mareó anoche en el tren y hoy no podía madrugar. ¡Para mí que son un par de lagartas, don Saturnino!

SATUR. No, mujer, no. Vive en París y está hecha a más comodidades.

JACIN. ¿Pero usted no decía que era soltera?

SATUR. Y lo es.

JACIN. Uh, uh, uh... ¿Soltera y tantas friegas? Eso me da mala espina.

PER. Porque tú no estás al tanto de la higiene moderna. Las costumbres han progresado muchísimo, y en el mundo hay ya de todo... Hay hasta mujeres honradas que se lavan con frecuencia.

JACIN. Habrá... Lo que yo digo es que maldita la falta que hacían esa clase de personas en Villalinda.

SATUR. Ya sabes a lo que vienen.

JACIN. A llevárselo todo.

SATUR. Si pueden...

JACIN. ¿Y nos desheredan a nosotros?

PER. ¿Quiénes somos "nosotros"?

JACIN. Los que le hemos servido tantos años fielmente. ¡Como pase eso, es una canallada de don Santiago!

SATUR. Aguarda a la lectura.

JACIN. Dios me perdone, y la memoria del difunto también; pero canallada lo es.

SATUR. Aguarda...

JACIN. ¿No dicen ya que los herederos son esos granujas?

SATUR. Nadie dice que son granujas, sino hermanos y sobrinos.

JACIN. Es lo mismo.

PER. A veces. Pero hasta ahora todo lo que se diga es gana de hablar.

JACIN. Esperaré... ¡pero como no me deje nada, lo de canalla, y ladrón, y asesino, lo van a oír hasta las piedras!

SATUR. *(Incomodado.)* ¡Calla ahora!

JACIN. *(Afligiéndose.)* Usted sabe cuánto le queríamos, porque era un señor muy honrado y muy tranquilo.

SATUR. *(Haciéndola marchar.)* Lo sé, lo sé...

JACIN. ¡Pobre señor! ¡Tan bueno como parecía!

SATUR. Y lo era.

JACIN. Digo que parecía tan bueno de salud y en cuatro días llevárselo así el demonio.

SATUR. ¡Jacinta!

JACIN. Siempre hay que ponerse en lo peor, don Saturnino.

SATUR. Bueno. Acaba y vete.

JACIN. ¡Pobre señor, pobre señor! *(Lloriqueando. Mutis por la izquierda.)*

ESCENA VI

Perfecto y Saturnino.

PER. ¿Esta Jacinta era el ama de llaves?

SATUR. Eso era.

PER. Y aunque no herede, ¿por qué se conceptúa desheredada? ¿Es que en las mocedades de don Santiago y de ella hubo méritos de guerra?

SATUR. Yo no los he visto.

PER. Ni yo te preguntaba tanto.

SATUR. Casi con certeza creo que no pasó nada entre ellos jamás.

PER. ¿Entonces sus títulos están exclusivamente en el placer de heredar...? Tiene razón: ése ya es un título. *(Va a sentarse a la mesa.)* ¿Y la relación de gastos negros? Funerales, misas, esquelas...

SATUR. Se la traeré ahora mismo. *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA VII

Perfecto y Antolín.

ANTO. *(Por el foro, tras una breve pausa.)* ¿Tiene usted la bondad de decirme si es usted de la casa?

PER. Sí... y no. Soy el albacea.

ANTO. ¡Ah! ¿Usted es Perfecto?

PER. Eso no lo es nadie.

ANTO. ¿Don Perfecto Sanjuanella?

PER. Eso sí. Nuestra intimidad no es muy grande, y usted me llama a mi don Perfecto como yo le llamaré a usted don... lo que sea.

ANTO. Antolín de la Iglesia.

PER. ¿El hermano mayor del pobre don Santiago?

ANTO. *(Inquieto.)* ¿No ha dejado dinero?

PER. Mucho.

ANTO. *(Serenándose.)* Como dijo "del pobre don Santiago", he tenido un momento de inquietud. Ya sé que es una expresión corriente; pero en boca de albacea todas las palabras revisten una importancia extraordinaria.

PER. *(Dándole unas palmaditas.)* Pues tranquilícese usted...

ANTO. ¡Desdichado hermano mío! ¡No haber recogido el último suspiro suyo!

PER. ¿También los suspiros? Pues se le avisó a usted con tiempo...

ANTO. Pero no lo creí; ¡se exageran tanto las enfermedades...!

PER ¿Y no recibió usted después, igual que todos, un giro de mil pesetas para gastos de viaje?

ANTO. Eso sí lo creí... y aquí estoy. Es un dolor, amigo mío, un verdadero y grandísimo dolor, lo que cuestan hoy los viajes.

PER. A usted nada.

ANTO. Es que de no haberlo emprendido tendría intactas las mil pesetas, y al seis... ¡No pongamos nunca más que al seis mensual...! Calcule usted.

PER. Ya estoy calculando...

ANTO. *(Confidencial.)* Tenemos que hablar mucho usted y yo. Desconfíe usted de todos los demás. Y dígame: ¿es cierto que el caudal llega a los dos millones de pesetas?

PER. No, señor.

ANTO. ¡Qué lástima!

PER. Un millón trescientas mil... poco más o menos.

ANTO. Sería preferible un poco más... Pero, en fin, no está mal eso. Un millón trescientas mil, al seis por ciento... ¡No pongamos nunca más que al seis mensual...! Son, son... *(Queda echando cuentas; receloso al sentir ruido.)* ¡Desconfíe usted de todos!

PER. De todos: estoy en ello.

ESCENA VIII

Dichos, Jacobo, Camila, Paquita y *Ernesto*, por el foro.

JACO. Buenos días.

CAMI. *(Paquita y Ernesto, a un tiempo.)* Buenos días.

ANTO. *(Presentándolo.)* Don Perfecto Sanjuanella. *(Y va a la mesa, sentándose a echar cuentas.)*

JACO. *(Camila, Paquita y Ernesto, a un tiempo y entusiasmados.)* ¡Don Perfecto Sanjuanella!

PER. Servidor...

JACO. Yo soy Jacobo de la Iglesia. Y éstos, mis niños, que adoraban a su tío.

ERNES. ¡Lo adorábamos!

PAQUI.
CAMI. } *(A un tiempo.)* ¡Lo adorábamos!

ESCENA IX

Dichos y *Saturnino,* por la derecha.

JACO. *(Llevándose aparte a Perfecto.)* Desconfíe usted de Antolín... *(Llama a los niños por señas y cuando éstos rodean a Perfecto.)* Le digo que desconfíe de Antolín.

ERNES. ¡El tío Antolín es un roñoso!

CAMI. ¡Un usurero!

PAQUI. ¡Un tacaño!

JACO. ¡Tremendo! Incluso para sus mismas diversiones; ya de muchacho, en los bailes era siempre el más agarrado. No había quien le hiciera pagar su escote.

CAMI. En el pueblo, en Villalpando, le aborrecen todos.

PAQUI. ¡Todos!

JACO. Y caso de que nos designe herederos en conjunto, usted comprenderá que sería una injusticia el dividir por igual entre los hermanos cuando las circunstancias son muy distintas: que yo tengo tres hijos y hay que auxiliarlos. ¿No lo considera usted así?

PER. Sí, señor.

JACO. ¿Sí, señor? *(Hace señas a los chicos de que se aparten y él se lleva a Perfecto algo más lejos.)* Por la tarde le aguardo a usted y hablaremos, porque está muy puesto en razón que no pierda usted el tiempo arreglando los asuntos ajenos. ¿Comprendido?

PER. ¡Comprendido!

JACO. *(Llamando a los niños.)* Espero que el señor

Sanjuanella, que ya es un buen amigo mío, lo sea también vuestro.

ERNES.
CAMI.
PAQUI. } ¡Sí sí!

JACO. Y de los predilectos.

ERNES.
CAMI.
PAQUI. } ¡De los predilectos!

PER. Lo estimo, lo estimo. Pero mande usted callar al orfeón.

JACO. Callaos, y obedeced siempre al señor Sanjuanella.

ESCENA X

Dichos, Matilde y *Mademoiselle Bertilde,* vestidas con trajes algo atrevidos de moda, cada una en su clase. *Ambrosia,* que las mira embobada.

MATIL. Señores...

CAMI. ¡La prima de París!

PAQUI. *(A Camila.)* ¿La besamos?

ERNES. Bueno.

CAMI. Aguarda a ver lo que ella hace.

MATIL. ¿Ustedes son los tíos?

JACO. Sí, sobrinita. *(Presentándose.)* Jacobo... Antolín y mis niños Camila, Paquita y Ernesto.

MATIL. Tanto gusto...

CAMI. El señor Sanjuanella.

MATIL. *(Después de una leve inclinación a Mademoiselle.)* "Mademoiselle mon cahier." *(Pronúnciese "madmoasel mon Kahié".)* Ahí tiene usted mis papeles visados por el cónsul.

PER. Supongo que todos reconocerán la personalidad de usted y no precisaremos justificantes.

MATIL. Como ustedes quieran. *(Entregando de nuevo las hojas de papel cosidas.)* "Mademoiselle, attendez-moi." *(Pronúnciese "atendé moá".)*

MADEM. *(Retirándose.)* "Bián."

AMBRO. ¿Y usted comprende bien todo lo que dice la señorita?

MADEM. "Comment? (*"Komán".*)

AMBRO. (*Más fuerte.*) ¡Que si usted comprende bien todo lo que le dice!

MADEM. "Comment, mademoiselle"?

AMBRO. ¿Yo...? (*Se ríe.*)

PER. Podéis seguir allá la conversación.

AMBRO. Me parece que no; pero vámonos. Venga, venga... (*Mutis por el foro Mademoiselle y Ambrosia.*)

ESCENA XI

Dichos, menos esas dos.

MATIL. Señor Sanjuanella... ¿No recibió usted mis telegramas, uno desde París y otro desde Irún?

PER. Sí.

MATIL. ¿Y no ha bajado usted a la estación...?

PER. No pude...

MATIL. ¿Porque no contesté a las cartas? Pensaba darle las gracias de palabra. ¿Es usted puntilloso...?

PER. Por no quedarme sin ser algo en este mundo. Pude haber sido banquero, como su padre de usted, o matador de toros, o abogado, pero me faltó dinero para la banca, me faltó valor para la torería y me faltó aplicación para una carrera. Y faltándome tantas cosas, lo único que me sobra todavía son faltas... Dispénseme usted.

MATIL. Seamos amigos desde ahora. ¿Quiere usted? Y a ver si arreglamos en seguida lo de la herencia, aunque sea a costa de algún pequeño sacrificio, porque yo he de volverme a París. El día 15 tenemos un baile de trajes que promete ser una maravilla. Claro que puedo ir y volver si esto se retrasara...

PER. Sería una solución... ¡Lástima que no viva don Santiago!

MATIL. ¿Para qué?

PER. Para que fuera al baile también.

MATIL. ¿Le ha molestado a usted que lo dijera? No llevando luto, porque él mismo lo prohibió, no sé para qué había de privarme. Y no me exigirá usted la hipocresía de lágrimas y desmayos por una persona que no he conocido y de quien apenas si oí el nombre una docena de veces en mi vida.

PER. Evidentemente que no.

CAMI. *(Acercándose.)* Prima... ¿en París se llevan aún las faldas estrechas? En Villalpando ya no.

MATIL. Os vestiréis más a la inglesa en Villalpando.

CAMI. Sí. *(Siguen hablando.)*

SATUR. *(Aparte a Perfecto.)* ¿Por qué han de tener pena?

PER. Realmente, no sé por qué han de tenerla ellos, mi querido Saturnino, pero casi estoy por tenerla yo, para no avergonzar al difunto si nos ve desde algún cielo...

SATUR. Si nos ve... ve lo que él ha querido.

PER. ¡Buena puñalada! De dársela en vida, apresurabas el desenlace.

SATUR. *(Disculpándose.)* Yo no quise decir...

ESCENA XII

Dichos y *Don José,* por la izquierda, con *Jacinta.*

JACIN. A ver este caballero, que se ha metido en la cocina... *(Mutis luego.)*

CAMI. El tío Pepe.

ERNES. El tío Pepe, que nunca sabe por dónde anda.

JOSE. En la puerta me dijeron que pasara y nadie se cuidó de guiarme.

SATUR. La culpa es de quien no le acompañó.

JACO. Mira, Pepe, nuestra sobrina Matilde.

JOSE. *(Yendo a darle una palmadita en la cara.)* Muy guapa.

JACO. *(Haciéndole bajar el brazo antes de que toque.)* Y el señor Sanjuanella.

JOSE. Muy señor mío...

CAMI. Es el albacea.

JOSE. Por muchos años...

JACO. *(Indignado.)* ¡Cómo por muchos años, hombre!

CAMI. El tío Pepe no sabe lo que es un albacea.

PAQUI. Está en Belén todo el año...

JOSE. Dispense usted. Llevo sobre mi alma un disgustazo enorme. Recibido ahora mismo. *(Lee.)* "Consejo Estado niégase concesión totalidad crédito pedido por compañeros. Fiscal propone que los parta.—Rayo."

CAMI. ¡Que los parta un rayo!

JOSE. Rayo es el que telegrafía.

PER. Y ese disgusto, ¿qué disgusto es?

JOSE. Que hemos solicitado del Gobierno un crédito de ochenta mil pesetas para continuar las excavaciones de Cuevaflorida, en donde aparecieron ya unos fósiles admirables. En mi opinión, terciarios, aunque el profesor Roca sostiene que son cuaternarios; pero yo insisto, porque la formación de los terrenos jurásicos, lo mismo que la de los cretáceos, tanto inferiores como superiores...

CAMI. Tío, que te pierdes.

JOSE. Dispense usted... Y el fiscal propone que se dividan, que se repartan con otras Sociedades que también solicitaron subvención. Yo habría tomado el primer tren si no fuera por esto de la herencia. Pero como los resultados científicos han de ser maravillosos, estoy resuelto a poner esos cuartos de mi bolsillo... vamos, del bolsillo de la herencia.

PER. Usted sabrá cómo dispone de lo que le haya dejado su hermano de usted.

JOSE. Lo de mi hermano es bien curioso. ¡Acordarse de nosotros, después de treinta años sin

vernos ni escribirnos! Yo, la verdad, no pensaba en él.

JACO. Nosotros, sí.

JOSE. Vosotros, sí... pero yo si lo veo en la calle no lo conozco, y si lo conozco, me tiene sin cuidado. Le heredaré, bueno, porque a eso no le voy a hacer ascos; pero es muy curioso lo de Santiaguito...

JACO. *(Apartándole bruscamente.)* ¡No digas más necedades, Pepe!

JOSE. *(Asombrado.)* ¿Necedades...?

ANTO. *(Acercándose. Aparte a Perfecto.)* En tres años se podría duplicar el capital, y en cinco, triplicarlo. Y no hablemos ya del interés compuesto, que eso es una delicia.

PER. Una verdadera delicia, sí, señor.

ERNES. *(Apartando a don Perfecto.)* ¿Está usted de acuerdo con papá?

PER. ¿Y usted?

ERNES. Figúreselo. ¿Por qué no me presenta usted a esa Paz?

PER. ¿Desea usted saludarla?

ERNES. Más. Papá me dijo que es tan guapa...

PER. Esas cosas tienen que decirlas los papás. Sí... Le presentaré.

JACO. ¿No podríamos ir viendo la documentación? Por curiosidad... y para que se instruyan los niños.

PER. ¡Angelitos! Sí, que se instruyan. En el despacho está todo.

JACO. Pues, vamos. ¡Niños...! *(Van saliendo por la derecha.)*

ANTO. ¿Avisarán en cuanto llegue el notario? *(Mutis.)*

PER. Sí, señor.

MATIL. Yo no conozco a nadie en España. ¿Qué abogado le parece a usted...?

PER. ¿Abogado? ¿Para qué?

MATIL. Para pleitear si se presenta una dificultad o si intentan atropellar mis derechos y robarme...

PER. Y hay que esperarlo de la familia... Me informaré de un buen abogado.

MATIL. Hágalo, sí. *(Mutis.)*

JOSE. ¿Usted podría anticiparme esas ochenta mil pesetas?

PER. ¿Yo...? En este momento no las llevo...

JOSE. Búsquemelas. Por unos días no me importa pagar un interés fuerte.

PER. Ni a mí.

JOSE. ¿No le merezco a usted la atención de esa pequeña molestia?

PER. Usted lo merece todo. Ser atendido, ser estimado, y hasta... ¿qué le diré a usted...? y hasta ser fósil.

JOSE. *(Cogiéndole las manos.)* ¡Gracias, gracias! *(Mutis.)*

PER. *(A Saturnino.)* Por lo visto, esto fué un gran elogio.

SATUR. Por lo visto. *(Va a la mesa.)*

ESCENA XIII

Perfecto y *Saturnino.*

PER. *(Como hablando consigo mismo; sonriente, pero amargado.)* Y al olor de la carne corrompida llegaron para celebrar festín, con los gusanos que ya la devoraban, las hienas por el suelo y los buitres por el aire.

SATUR. *(Acercándose al verle cabizbajo.)* ¿Qué le pasa a usted?

PER. Náuseas.

SATUR. Del coñac.

PER. No. De los herederos. *(Pausa.)*

SATUR. Es eso que usted no se porta muy cariñosamente con ellos. Pero ya sabe usted que no hay peligro de enfado.

PER. Si yo fuera capaz de indignarme por algo, me indignaría ahora. En fin, repasemos los papeles. *(Va a la mesa, se sienta y bebe de un tra-*

go una copa.) ¡Han logrado destemplarme... aunque hice acopio de una buena dosis de filosofía!

SATUR. Con eso no adelanta nada.

PER. Nada. Persigamos el equilibrio .. *(Bebe.)*

SATUR. *(Sentado al otro extremo de la escena.)* Hay que tomar las cosas como son y no como a uno le gustaría que fueran, porque eso es imposible de conseguir... *(Pausa.)*

PER. Habla, habla. No me distraes y puede que te distraigas tú.

SATUR. Despues de todo, a nadie le extrañan los egoísmos, ni le deben extrañar, porque si uno no se defiende, los demás se le comen a uno.

PER. Saturnino... Decididamente, don Santiago era una gran persona. Deja cinco millones de reales.

SATUR. Sin una trabacuenta y sin una deuda. Y además esta casa.

PER. ¿Además la casa? Era una gran persona, Saturnino. Y con esta magnífica piñata en perspectiva, los de aquí están con el alma en un hilo, y los de fuera, los hermanitos y los sobrinitos, vienen como buitres. *(Frotándose las manos de gusto.)* ¿Y yo voy a presenciar, reposadamente y en primera fila, cómo escarba el bando y cómo hoza la piara? Yo, don Nadie, ¿voy a ser el árbitro de sus afanes y el espejo de sus codicias?

SATUR. Eso es lo humano.

PER. Humano para ellos; para mí, sobrehumano, divino. *(Campanudo.)* ¿No es divino que yo, el mísero don Perfecto Sanjuanella, sólo por haber sido nombrado "excelso albacea, contador y partidor testamentario", me vea repleto de sonrisas y de reverencias... y que en torno mío canten el himno de la adulación hombres y mujeres, hermanos y sobrinos, alcotanes y sabandijas?

SATUR. Don Santiago lo ha dispuesto así.

PER. Don Santiago... y los dioses, los albaceas del

Olimpo, que se halla en testamentaría también, como nosotros. ¡Bebamos por los dioses, Saturnino! Y ahora permíteme dos consejos: primero, evidentemente, el coñac predispone al lirismo y a la poesía. No bebas coñac, Saturnino. *(Y él acaba de beberse la copa.)* Segundo, si por fuerza hemos de tener los pies en el lodo, tener un poco la imaginación en las claras regiones de las nubes, evidentemente es saludable y necesario para el equilibrio del espíritu. Bebe coñac, Saturnino.

SATUR. No, gracias.

PER. *(Llenándole la copa.)* Considérame estos días como a tu amo, con la sola diferencia de que si yo fuese tu amo, lo beberías no estando yo presente. ¡Tómala!

SATUR. *(Bebiéndola.)* Gracias.

PER. *(Abrazándole.)* Ya le dije a Pacita que tú y yo nos entenderíamos. *(Recoge la copa, dejándola en la mesa.)*

ESCENA XIV

Dichos y *Ambrosia,* que cruza de foro a izquierda, risueña y contoneándose.

SATUR. ¿Qué pasa, tú?

AMBRO. Mijita. *(Mutis.)*

PER. *(Como la cosa más natural y más sabida.)* ¡Ah, Mijita! *(Acercándose.)* La juventud va a encontrarse con la juventud. Que se encuentren a solas: eso tendrán que agradecernos. ¡Llévame a cualquier sitio un momento!

SATUR. ¿Adónde?

PER. *(Después de pensarlo.)* ¿Hay bodega?

SATUR. Si, señor.

PER. Pues ya tienes una idea.

SATUR. Vamos. *(Mutis los dos por el foro.)*

ESCENA XV

Paz y *Ambrosia*, por la izquierda.

AMBRO. *(Mutis por el foro y vuelve con Juan Antonio. Presentándoles, muy risueña.)* La señorita, el señorito y... muy buenos días.

J. ANT. *(En la puerta, dándole una palmadita.)* Muy buenos, mujer... *(Mutis Ambrosia.)*

PAZ. ¿No quieres entrar?

J. ANT. *(Sonriendo.)* Vengo de enemigo...

PAZ. No te creo, Juan Antonio.

J. ANT. Vengo de heredero, y por pequeña que sea la parte que te arrebatemos, forzosamente has de mirar con desagrado a quien se la lleve.

PAZ. Pues te equivocas. De pequeñuela me recogió caritativamente, y basta que hoy sea la voluntad de quien tanto favor me hizo en vida, para que yo me conforme muy gustosa con lo que haya dispuesto. ¿No quieres entrar?

J. ANT. Todavía un minuto de negocios. En la forma con que distribuya sus bienes el tío Santiago es posible que nos adjudique a nosotros algo que tú desees conservar por cariño o por conveniencia. Dime lo que sea y te prometo hacer y obligar a que hagan los otros la cesión de lo que tú me pidas.

PAZ. Gracias, Juan Antonio. ¿Entras ahora?

J. ANT. Ahora, sí. *(Saludándola.)* ¿Cómo estás?

PAZ. Bien, ¿y tú? ¿Por qué has pedido audiencia? Mientras sea mía esta casa, es muy tuya.

J. ANT. ¿Te contesto con sinceridad? Es que traía el temor de hallarte huraña o ensoberbecida y de que ya te hubieras tragado el molinillo de la herencia.

PAZ. Pues no. El molinillo sigue en la espetera.

J. ANT. ¡No sabes lo que me alegro! Porque, la verdad, me parece un crimen el que dos muchachos riñan por céntimos. Y aun muchacho y muchacho... ¡paso!; ¡pero muchacho y mucha-

cha pelear por dinero, cuando hay tantas cosas preciosísimas por que pelearse... no, Paz, no!

PAZ. No veo yo grandes preciosidades en ninguna riña.

J. ANT. ¿Y el hacer luego las paces?

PAZ. ¡Ya hablas de lo mismo de siempre! ¿Sigues tan enamorado?

J. ANT. Sí.

PAZ. ¿De alguna más?

J. ANT. No, como antes: de todas.

PAZ. Eso puede que sea malo para una...

J. ANT. Y en mí también está muy mal hecho. Lo reconozco. Pero en cuanto empiezo a ver ojos bonitos, y perfiles bonitos, y pelos bonitos... y hasta postizos bonitos... ya estoy adorando a las que tienen esas bonituras.

PAZ. Y a las que no las tienen. A las guapas y a las feas.

J. ANT. ¡A las feas! Pero, Dios mío, ¿en dónde estarán las feas, que yo no encontré ninguna?

PAZ. Más vale que tengas ese buen concepto de nosotras.

J. ANT. ¡Como que sois lo único del mundo! ¿Tú quieres nada mejor que reírse un poco con una mujer que se ríe; o con una que está seria a ver si se ríe luego? Y que no lloren ni se aflijan, porque si lloran, ya estoy yo desconsolado. No puedo presenciar que ofendan a una mujer sin defenderla y sin enamorarme. Si nazco antes de escribirse el "Quijote", hubiera salido de caballero andante.

PAZ. Eso ya es un poquito de exageración.

J. ANT. ¡Sí que lo es! Y me preocupa constantemente. Te advierto que lo he consultado con mi médico.

PAZ. ¿Y qué te dijo?

J. ANT. Que por el momento no es de cuidado.

PAZ. ¿Pero que te pongas en cura?

J. ANT. Sí, en el de la parroquia. ¿Sabes cómo le llama el doctor a mi enfermedad?

PAZ. ¿Cómo?
J. ANT. Juventud. Y me recetó años. ¿Y tú no padeces de eso, Paz?
PAZ. No.
J. ANT. Pues joven eres. ¿Has tenido muchos novios?
PAZ. Ni uno.
J. ANT. ¡Bah!
PAZ. ¡Palabra de honor!
J. ANT. ¡Qué cosa tan rara! ¿No hay hombres en el pueblo?
PAZ. ¡No ha de haber!
J. ANT. ¿Y qué hacen esos gaznápiros?
PAZ. Alguno fué obsequioso conmigo; pero yo tenía que cuidar de la casa y de don Santiago, que en los últimos años se abatió mucho.
J. ANT. Era bueno. Yo le quería un poco.
PAZ. Y yo muchísimo.
J. ANT. Pero las circunstancias ya cambiaron para ti, y eres muy dueña...
PAZ. Ya veremos de lo que soy dueña, Juan Antonio.
J. ANT. De eso también quería hablarte. Al empezar tu vida independiente, con la fortuna que recibas, si te va bien, mejor para ti; si te va mal, no olvides que soy tu amigo.
PAZ. Gracias.
J. ANT. No saldré a tu defensa con yelmo y con lanza, como salía Don Quijote por los campos; pero sí te defenderé con todo mi buen deseo de servirte...
PAZ. *(Conmovida y cogiéndole las manos.)* ¡Gracias, Juan Antonio, gracias!
J. ANT. Pero no te aflijas.
PAZ. Comprende un poco que por mucho que me domine y que aparente serenidad, hoy es un día de angustia...
J. ANT. Bien; pero sin afligirte, Pacita, porque si no, se concluye inmediatamente el caballero andante y soy capaz de enamorarme de ti. Ya te consta la predisposición lamentable que tengo para eso.

PAZ. *(Dolida.)* En mi desamparo hacías un gran bien y demostrabas una gran bondad; no la eches a perder con una galantería, que en estos momentos me causa más daño que una ofensa...

J. ANT. ¡Eso no! ¡Y sea como tú lo quieres! ¡Yelmo y lanza y caballo escuálido, por si he de cabalgar! Soy tu caballero andante si es preciso; si no es preciso, no soy nada. Salud, Pacita. *(Mutis por la derecha.)*

PAZ. *(Que sonreía por la exageración, agradecida.)* Que Dios te lo pague, Juan Antonio...

ESCENA XVI

Paz, Perfecto y *Saturnino*, por el foro.

PER. Pacita, se acerca la hora. Cuando llegue, disimule usted las flaquezas de los que llamamos nuestros semejantes, sin que muchos se nos asemejen nada.

PAZ. No tema usted por mí...

PER. Yo también he recobrado la tranquilidad de espíritu. Es increíble que un sorbo de jerez—éste puede atestiguar que no fué más que un sorbo—me reconciliara tan rápidamente con la Humanidad. El jerez y yo lo explicamos todo y lo justificamos todo, porque todo suele quedarse en nada con algo de frialdad que se examine. Mi gran amigo don Santiago de la Iglesia opinaba como yo: en el mundo no hay más que dos cosas verdaderamente necesarias: una, el Sol, porque es la luz y el calor que fecundiza todo lo creado y hace falta para que puedan vivir los hombres; y otra, la Justicia, que hace falta para que los hombres puedan vivir en paz. El resto es superfluo.

PAZ. ¿Y los cariños, los amores...?

PER. Superfluos...

SATUR. Y el dinero, la posición social...

PER. Superfluos. Sin nada de eso he vivido yo y vive muchísima gente. Claro que está bien tener un amor... y tener una fortuna... y tener un alfiler de brillantes...; pero nada de eso es imprescindible.

PAZ. ¿En pedir esas dos cosas coincidían ustedes?

PER. Y discrepábamos en que él llamaba justicia a los actos justos, y yo le llamo justicia a los jueces y a la Guardia civil. Y yo tenía más fe que él—no la fe en los milagros que se coleccionan en libros de cuentos para niños de siete años a setenta—sino la fe en las verdades inmutables y demostradas. Yo creo firmemente en la avaricia, en la lujuria, en la ingratitud, en la soberbia...

PAZ. ¡Don Perfecto!

SATUR. ¡Don Perfecto!

PAZ. Tengo la seguridad de que don Santiago no pensaba de ese modo.

PER. No. El creía más en la humildad y en la tolerancia y para demostrarlo riñó conmigo porque le decía esas cosas.

SATUR. Antes debió reñir..., que alguna de las extravagancias de usted aparecen ya en lo conocido de su última voluntad.

PER. Ninguna.

SATUR. ¿Ninguna? ¡Mandar que al mes nos quitemos los trajes de luto y nos vistamos como siempre!

PAZ. Yo obedecí, porque es mi deber el acatar sus disposiciones; pero declaro que he sentido una repugnancia enorme al vestirme así.

PER. Pues censuran ustedes lo que es de una gran discreción y en donde ha demostrado un gran sentido estético: él no quiso, y yo le aplaudo, que se repitiera una vez más el espectáculo frecuente y deplorable de ir disconformes las caras y los vestidos.

PAZ. ¿Pudo sospechar que no lamentaríamos sinceramente su muerte?

PER. ¡No, no! Ha creído en el dolor, y en el dolor

sincero de ustedes; pero sabía que la ropa suele durar más que el dolor..., y ver reír y alborozarse a las gentes vestidas de luto riguroso hace daño a la vista..., por lo menos, a la vista.

PAZ. Aun pensándolo así, el plazo es demasiado breve.

PER. Eso ya es indiferente: tres meses, cuatro meses, cinco meses..., lo mismo da, aunque la prudencia se inclina sabiamente al más corto.

SATUR. Y mandar que se repartan socorros a los pobres, exigiéndoles, no que recen por su alma, sino que vayan una tarde de merienda y de baile. ¿Eso es de cuerdo, o de loco, o de qué es eso?

PER. ¡Pero, querido Saturnino, a ti te maravillan las resoluciones más sensatas! ¿Dar un día de regocijo y de hartazgo a los que no lo disfrutan nunca? ¡Excelente proyecto! ¿Favorecer el que se diviertan una vez siquiera? Excelentísima demostración de que no hay egoísmo en su ofrecimiento y de que no tuvo la ridícula exigencia de pretender que la Humanidad se desconsolara por una cosa tan baladí como la muerte de un desconocido.

PAZ. Perdone usted: más piadoso hubiera sido el pedirles una oración.

PER. En mi juicio, no. Valerse del dinero cuando ya no le puede utilizar en otro uso para obligar a unas pobres gentes a que arrimen el hombro y le saquen prontito del purgatorio, es un chanchullo espiritual.

PAZ. ¡Don Perfecto!

PER. Y además es perder el dinero. Las oraciones han de llegar a lo alto por el fervor con que se recen y no por la materialidad de pronunciarlas.

PAZ. Eso sí.

PER. Pues créame usted que con el fervor de dos pesetas por cabeza no llega un credo al cielo, ni al cielo raso tan siquiera. Y más ha de va-

lerle un Avemaría de usted, que lo quiso, que no cien mil rosarios de quien no lo conoció, no le importa y lo cotiza a tanto la cuenta.

PAZ. Eso sí.

PER. Celebro nuevamente que coincidamos. Ya ve usted qué fácil es...

PAZ. Pero eso que usted indicó al final no es de impío...

PER. ¿Y por qué lo había de ser?

PAZ. Dicen que usted lo es.

PER. Ya sé quién lo dijo. Uno de esos que van ganando con que se crea la impiedad de otros. Y hay que disculparlos, Pacita... El mercado se pone cada día más caro. Discúlpelos, discúlpelos...

ESCENA XVII

Dichos y *Jacinta,* por el foro.

JACIN. Señorita Paz... El notario que trae el testamento.

PER. Anuncian huesos y piltrafas para las fieras. ¡Pues pronto! ¡Descorred los cerrojos! ¡Abrid las jaulas y que vengan al festín las hienas por el suelo y los buitres por el aire!...

PAZ. Que pase. *(Mutis Jacinta por el foro.)*

PER. *(Siguiendo con entonación de grito, pero sin que pueda oírsele desde la habitación inmediata.)* ¡Hienas! ¡Buitres! ¡Señores...! *(Mutis por la derecha.)*

ESCENA XVIII

Paz y *Saturnino*. Por el foro, el *Notario*, *Jacinta*. *Ambrosia*, *Mademoiselle* y *Blas;* por la derecha, *Perfecto* y todos los de la familia.

(El Notario y Perfecto se ponen a la mesa; los de la familia, a la izquierda, y los criados, de

pie, al foro, por la derecha. Matilde coquetea con Juan Antonio.)

PER. ¿Todos están ustedes conformes en su derecho respectivo y en aceptar el de los demás en cuanto a personalidad? ¿Sí? Lea primero las cláusulas anotadas.

NOTA. *(Leyendo.)* "Primera. Prohibo que se abra mi testamento, que entrego conjuntamente con esta hijuela y en este mismo acto, hasta que se hallen reunidos y presentes mis tres hermanos y mis dos sobrinos o sus apoderados." ¿Están todos, verdad?

JACO. Sí, señor.

PER. *(Con sorna.)* Sí, sí...

NOTA. ¡Eh..., eh!... "Undécima. Usando del derecho que me concede el artículo mil cuarenta y cinco de la ley de Enjuiciamiento civil, prohibo toda intervención judicial, y al que promoviere pleito le revoco y anulo en su parte de herencia o de legado, acumulándose a la de los restantes. Y nombro albacea, contador y partidor único, relevándole de prestar fianza, a don Perfecto Sanjuanella.—Duodécima. Usando del derecho que me concede el artículo seiscientos once del Código civil vigente, encomiendo al albacea la distribución de las cantidades que dejo a mis parientes, sin que de esta distribución se admita protesta alguna, ya que los herederos voluntarios deberán respetar las reglas que el testador tenga por conveniente fijar para el avalúo y división de la herencia, o autorice a otro para que las fije, según lo preceptuado en el artículo mil cuarenta y seis de la dicha ley de Enjuiciamiento.—Décimotercera. Caso de haber pleito promovido por los herederos, la renta de la parte que se litigue corresponderá al albacea hasta que recaiga sentencia firme."

ANTO. *(Aparte a Jacobo.)* ¡Amarra bien!

JACO. ¡Cualquiera pleitea!

NOTA. ¿Hay quien desee reconocer el sobre? *(Lo*

abre y lee.) "En Villalinda, a tres de noviembre de mil novecientos trece, yo, don Santiago de la Iglesia y Gómez Franco, hallándome en el pleno goce de mis facultades intelectuales, declaro que ésta es mi última voluntad, invalidando y anulando todas las anteriores. Dejo mi alma a Dios y mi cuerpo a la tierra. Declaro poseer en títulos y valores, sin incluir la casa de Villalinda, un capital de un millón trescientas veinticinco mil pesetas. Lego a mi apoderado, Saturnino González, la suma de veinticinco mil pesetas. Lego a Jacinta García otra suma igual de veinticinco mil pesetas..."

JACIN. ¡Era un hombre honrado! ¡Pobre señor!

NOTA. "Lego a mis criados Ambrosia y Blas diez mil pesetas a cada uno. Y a los demás sirvientes, dos mil pesetas a cada uno de ellos. Todos estos legados se entenderán por una sola vez y libres de impuestos, que abonará la testamentaría."

JACIN. ¡Era un hombre honrado!

NOTA. "Lego a la señorita doña Paz del Haro, que vive en mi compañía, la casa de Villalinda con todo cuanto haya en ella al ocurrir mi fallecimiento. Y en el resto de mi fortuna instituyo como herederos a mis hermanos Antolín, Jacobo y José, y a mis sobrinos Matilde y Juan Antonio, rogando, y si fuera menester, mandando a todos y a cada uno, que de su parte dejen a doña Paz del Haro lo que ellos quieran."

SATUR. ¿Qué más?

NOTA. Nada más. Fecha y firma. El que desee leerlo...

JACIN. ¡Pero eso es una canallada!

BLAS. ¡Hay que ir a la justicia!

AMBRO. ¡Jesús, Jesús! ¡Se va a quedar a pedir limosna!

ANTO. ¡Silencio!

MATIL. ¡Ha dispuesto como le pareció conveniente!

PEPE. ¡Y nadie tiene derecho a protestar!

JACO. ¡Nadie!

CAMI. PAQUI. ERNES. ¡Nadie!

PEPE. ¡Y nosotros no consentiremos que en esta casa se ofenda la memoria querida de nuestro hermano!

PER. *(Aparte a Saturnino.)* La herencia querida de nuestro hermano... *(A los criados.)* Fuera de aquí. *(Saturnino, haciendo marchar a los criados, mutis con ellos por la derecha.)*

ANTO. Enhorabuena, Pepe.

PEPE. Enhorabuena, Antolín.

MATIL. Enhorabuena, Juan Antonio.

J. ANT. Enhorabuena, Matilde. *(Los hombres se dan la mano; las señoras se besan.)*

PEPE. Vámonos a la fonda y hablaremos. *(Abrazándose las señoras, y cogiéndose del brazo los hombres; mutis los herederos por el foro; el Notario los sigue.)*

PER. *(Sonriendo.)* Es curioso el instinto de agrupación que tienen los rebaños, las piaras y los herederos...

PAZ. *(Cogiendo ansiosa del brazo a Perfecto.)* ¿Se marchan todos? ¿Todos?

PER. *(Sonriendo.)* Todos.

PAZ. ¿Y Juan Antonio? ¿El caballero andante?... ¿Mi caballero andante me deja también?

PER. *(Sonriendo.)* También. A usted le sorprenden las acciones más justificadas. A mí, no. Sé que han de llegar y siempre estoy preparado para recibirlas, porque yo tengo fe en las verdades inmutables. Creo en la avaricia, creo en la ingratitud, creo en la soberbia...

PAZ. *(Desconsolada.)* ¡Don Perfecto!

PER. *(Abrazándola y sonriendo.)* Creo en la Humanidad.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. También es de día.

ESCENA I

Saturnino y *Blas.*

BLAS. ¿De manera que usted no le ve ningún arreglo?

SATUR. Ninguno.

BLAS. ¿Y la señorita tendrá que resignarse?

SATUR. A la fuerza...

BLAS. ¿Y qué han dicho los abogados?

SATUR. Lo que ya sabíamos: que no tiene título legal para reclamar, y que se exponía a perder el legado de la casa.

BLAS. Estos abogados de pueblo no sirven para nada. ¡A cualquier hora decía uno de Madrid que no hay título habiendo dinero! Y ésa es su obligación, porque si un abogado no ha aprendido a enredar los pleitos, ¿qué es lo que aprende un abogado?

SATUR. No es tan fácil, Blas. ¿Ya no recuerdas el testamento?

BLAS. ¡Vaya si lo recuerdo! Con asomarse a la primera página ya le da a uno en las narices el no sé cuántos del Código y el no sé cuántos más de la dicha ley... Hay párrafos tan amarrados, que yo esperaba ver salir de ellos una pareja del Orden y seis o siente de Policía.

SATUR. Y contra eso caben pocas trampas... No hay más sino confiarse en la generosidad de los herederos.

BLAS. ¡Que llevan un mes peleándose para ver quién da menos! ¿Sabe usted lo que digo? Que eso

es igual que ser manteca y confiarse a la lumbre.

SATUR. Pues si tú conoces el remedio, venga.

BLAS. Yo no he estudiado y no caigo en falta por no saber triquiñuelas, don Saturnino; pero si yo fuera hombre de leyes..., ¡me moría de vergüenza antes que confesar que no había una ley apañada para mi cliente!

SATUR. Es doloroso que no lo seas...

BLAS. Y don Perfecto... ¿qué? ¿No echa una mano para salir del atolladero?

SATUR. Ese mira impasible cómo los otros defienden sus ochavos, y si le hacemos alguna observación respecto de la miseria y de la tacañería de esas gentes, responde que es lo natural, que lo mismo harían todos en el caso de ellos..., y se ríe.

BLAS. Pues en cuanto cobre yo mis diez mil pesetas...—antes no, porque no quiero bromas con los legados ..—; pero en cuanto que las cobre, le juro a usted que como don Perfecto no se ría para pedir árnica, otra cosa no le hace gracia en muchos días.

SATUR. Buen consuelo recibirá la señorita con eso.

BLAS. Ella, no; pero yo, sí; que siempre se alivia uno pegándole a otro...

SATUR. Pues alíviate.

BLAS. Usted tampoco lo traga...

SATUR. No sé qué contestarte, Blas. Unas veces le odio, y otras me parece que lleva tanta razón al despreciarlo todo, que le votaría para rey o para alcalde.

BLAS. ¿Sabe usted lo que digo yo que le iría bien, mejor que la corona y la alcaldía? Una piel de zorro.

SATUR. Eso lo dice él mismo: que si hubiera nacido en plena Naturaleza hace cuarenta siglos, y pudiendo elegir, habría sido león; pero hoy, con los poblados, las escopetas, los venenos y las jaulas, los leones hacen un papel muy desairado, y que los zorros, especialmente los de

dos pies, son los amos y señores de la creación.

BLAS. También soy de ese pensar. ¿Y sabe usted lo que le digo? Que ya no le pego.

SATUR. Tú verás.

BLAS. ¿Y usted no encuentra muy raro el que hagan tan buenas migas el esperpento ése y la señorita Paz?

SATUR. ¿No la quieres tú? ¿No la quiero yo? ¿Pues de qué te sorprendes si la quiere también otro?

BLAS. No ha contestado usted ninguna tontería, don Saturnino; pero yo tengo un añadido para esa contestación, y es que nosotros somos personas, y don Perfecto es un bicho venenoso; que si las palabras se clavaran en la carne, tendríamos ronchas en el cuerpo o sabe Dios qué enfermedades.

SATUR. Te equivocas; con la señorita no emplea jamás una palabra desvergonzada, y ya ocurrió que no terminara la que decía sólo por entrar ella.

BLAS. ¿Lo ha domesticado?

SATUR. Un poco... A la segunda vez que se habla con afecto a los huraños, o se echa de comer a las fieras, aún gruñen, pero ya no muerden; a la tercera, ni gruñen ni muerden, y después se encariñan...

BLAS. Puede que sea algo de eso.

SATUR. Estoy seguro de que si hoy le fuera posible hacerle un bien, lo haría sin vacilar... y sin gruñir.

BLAS. ¿Sabe usted lo que le digo? Que ya no le pego a ese hombre.

SATUR. Lo habías dicho ya.

BLAS. ¿Sí?

SATUR. Sí, Blas, sí.

BLAS. No importa; ésta es de las veces que me gusta repetir.

ESCENA II

Dichos. Ambrosia, por la izquierda.

AMBRO. Don Saturnino, ya me tiene vestida con lo nuevo. Aunque no es día de fiesta, hay que obedecer a la señorita.

BLAS. Cada vez que la veo tan alegre... y tan resignada, que otra cosa no puede ser, me dan unas tentaciones locas de escribir una carta al otro mundo con sobre al infierno, diciéndole a don Santiago cuatro verdades que le escuezan.

SATUR. *(Reprendiendo.)* Blas...

BLAS. La charranada que le hizo a la señorita no tiene perdón.

AMBRO. ¡Eso, Blas, eso!

BLAS. Y lo menos que le llamaba yo al difunto era granuja...

SATUR. ¡Blas!

BLAS. ¡Estafador!

SATUR. ¡Blas! *(Pausa.)* Tú no puedes quejarte, que bien espléndido fué contigo.

BLAS. Es verdad. Y también le pondría una posdata dándole muchísimas gracias por lo mío! Una cosa no quita la razón a la otra, don Saturnino.

AMBRO. Claro que no. Y sin dinero se queda la señorita; pero no se queda sin criada, que una servidora la sirve.

BLAS. Y un servidor.

SATUR. Ya sabe que la queréis...

BLAS. Es correspondencia.

SATUR. Y de lo demás, de lo que ella pueda hacer y de lo que nosotros la sirvamos, Dios dirá...

BLAS. Pues a poner las manos en las orejas, que Dios a veces habla tan bajito que por la tierra no se le oye.

SATUR. Desgraciadamente...

BLAS. ¿Tú estás fija en quedarte?

AMBRO. Que sí.
BLAS. Y yo también estoy en quedarme. ¿Me deja usted tratar una idea con la Ambrosia, don Saturnino?
SATUR. Sí, hombre.
BLAS. *(Deteniéndole.)* Sin marcharse. Oye, Ambrosia, tú no eres fea.
AMBRO. Tampoco me lo creo.
SATUR. Con motivo.
AMBRO. ¿Lo ves?
BLAS. Ya estaba yo enterado, sin necesidad de los ojos de nadie... Y yo no soy una pintura, pero tampoco soy una visión. ¿Eh?
AMBRO. Según. En gustos no hay ordenanzas.
BLAS. Pues hay que saber el tuyo para seguir por mi idea.
AMBRO. Pon que no lo eres.
BLAS. Gracias.
AMBRO. Pero a ver lo que hablas; no tengamos luego disgustos con alguien.
BLAS. ¿Con quién?
AMBRO. Con la Rafaela, que bien te la miras.
BLAS. No es verdad.
AMBRO. ¿Que no?
BLAS. ¡Que no! ¡Qué me va a gustar a mí una mujer tan flacucha que se le marcan todas las venas y parece un paraguas sin tela!
AMBRO. Tú ahora dirás lo que quieras y lo que te dé la gana; pero en más de una ocasión te hemos visto rondarla.
BLAS. No digo que una casualidad de estar cerca no haya habido...
AMBRO. Y dos y tres...
BLAS. Mira, Ambrosia, ya ofendes con esa matraca. ¡A mí no me pudo gustar nunca una mujer que tiene menos carne que un gazpacho!
SATUR. No le ofendas...
AMBRO. Pues que siga con su idea, a ver adónde va.
BLAS. Decía yo que gustándome tú, y no siendo yo muy antipático, y quedándonos los dos en la casa, había que pensar en algo. Tú tienes dos

mil duros, y yo otros dos. Si nos juntáramos, tú tendrías lo tuyo y lo mío, como yo lo mío y lo tuyo.

AMBRO. Naturalmente.

BLAS. Es decir, que tú tendrías cuatro mil duros, y yo también cuatro mil duros.

AMBRO. Así es.

BLAS. Bueno; pues cuatro mil duros tuyos y cuatro mil duros míos, son ocho mil duros. ¡Digo yo que vale la pena de pensarlo, Ambrosia!

AMBRO. Sí que lo vale.

BLAS. Hay muy poquita gente que pueda empezar con la fortuna que nosotros, y lo de no ser tú fea ni yo antipático.

AMBRO. Todo suma, Blas...

BLAS. Entonces... ¿nos juntamos?

AMBRO. ¿Casarnos?

BLAS. También, si quieres; ya ves que por mí no hay dificultades.

AMBRO. Déjame pensarlo y mañana te contesto.

BLAS. ¿Qué calculas tú que me responderás?

AMBRO. *(Zalamera.)* Hombre...

BLAS. *(Abrazándola.)* ¡Eh!

SATUR. Si no es muy necesaria mi presencia para estos detalles...

BLAS. Nos iremos nosotros.

SATUR. Os lo agradeceré...

BLAS. *(Llevándosela.)* Es una bobada que aguardes a otro día para decir una cosa de buena voluntad. *(Mutis los dos por el foro.)*

ESCENA III

Saturnino. Jacinta, por la izquierda.

JACIN. Ya estamos todos majos y peripuestos. ¿A qué viene tanta elegancia, don Saturnino?

SATUR. A que hoy vuelven aquí los señores herederos.

JACIN. ¿Y qué dejan a la señorita?

SATUR. Eso resolverán definitivamente.
JACIN. ¿No se sabe aún?
SATUR. No. Ahora están reunidos en la fonda para acordarlo.
JACIN. No se correrán, no.
SATUR. Y gracias a que por obligación han de señalar una cantidad; que si no...
JACIN. Y como ustedes se han cruzado de brazos...
SATUR. ¿Qué íbamos a hacer? ¿No vendrás tú a enseñarnos cómo se quiere a la señorita?
JACIN. Yo no enseño nada.
SATUR. Haces bien.
JACIN. Pero ya estoy harta de cariños en las palabras. En los hechos, en los hechos.
SATUR. ¿Y quién soy yo para resolver algo, ni siquiera para intentarlo? ¿Te figurarás que no lo siento?
JACIN. ¡Sentir, sentir! ¡Para lo que sirve el sentir! ¡Y todos son iguales y ninguno merece el pan que come! El mismo don Juan Antonio, que levantó el vuelo con los demás, y que después ha venido con muchas zalamerías y muchas amistades, no vale más que los otros. Todo lo que se quiera de cariño y de buenos deseos; pero de dinero aún no abrió el pico.
SATUR. Yo no lo hubiera vuelto a recibir, porque el modo aquel de marcharse el primer día, sin una palabra de consideración, ni un ofrecimiento por amabilidad, estuvo bien cruel...
JACIN. Eso ya lo ha explicado. Marchó con ellos para ver si aprovechaba la impresión del momento y los decidía a generosidades...
SATUR. Aún hay que agradecerle que se disculpe. Obligación no tenía...

ESCENA IV

Dichos. Perfecto, por el foro.

PER. Hola...
SATUR. Hola... *(A Jacinta.)* Trae la botella.
JACIN. Eso, eso. A coger la mona tempranito.

PER. ¿Y de dónde sacas tú que yo beba por gusto? El cuerpo necesita un número de calorías en la sangre; con la edad se disminuyen y hay que recuperar esos grados de calor artificialmente. En realidad, yo no bebo: me curo.

JACIN. Usted dirá lo que le venga a la boca; pero que usted bebe lo digo yo y lo dicen las botellas.

SATUR. Jacinta...

JACIN. Y el nombre que les cuadra a los que se curan así es el de borra...

SATUR. *(Interrumpiéndola.)* ¡Jacinta!

PER. ¡Buena cosa son los nombres para juzgar a nadie por ellos! He conocido Serafines que eran horribles: un Angel se me llevó un abrigo de pieles...; y la mujer de don Patricio, que se le escapó tres veces, sigue llamándose Inocencia. Así es que yo estudio a las gentes y veo cómo se portan antes de decirles: Amigo Casto, hace usted perfectamente en llamarse Casto; o amigo Bienvenido..., ¿por qué no se llama usted Bien .. ido?

JACIN. ¿Y a usted le va el suyo, don Perfecto?

PER. Sí; porque el mio no es un nombre: es una aspiración universal.

SATUR. ¿Tiene usted noticias de la reunión?

PER. Ninguna todavía. Hace frio hoy...

SATUR. Sí, señor. *(A Jacinta.)* Trae la botella.

JACIN. *(Aparte a Saturnino.)* Espérenla un poco... *(Mutis por la izquierda.)*

ESCENA V

Perfecto y *Saturnino.*

SATUR. ¿Qué calcula usted que le dejarán?

PER. Lo menos que puedan.

SATUR. Parece increíble, llevándose una fortuna tan grande...

PER. Increíble, no; al contrario: naturalísimo. Para

ser generoso hay que tener poco dinero... Las grandes tacañerías están siempre en los grandes capitalistas.

SATUR. No diga usted eso, que ya hay filántropos..

PER. Sí los hay, sí...; pero la filantropía, es decir, el bien a muchos, suele ocultar el odio a uno...

SATUR. Es usted muy desconfiado...

PER. Bastante; de cada cosa que se hace las razones que se pueden dar no caben en un libro; la razón íntima y callada, la verdadera razón, ésa cabe en un papelillo de fumar... y sobra papel.

SATUR. No cree usted en el desprendimiento, en la caridad...

PER. Sí, hombre. ¿Quién duda que hay acciones buenas? Lo que digo es que hay pocas..., y de esas pocas, que aparentemente son buenas, hay que rebajar algunas que en el fondo encierran una sutilísima villanía. Pero que existen rasgos admirables de altruísmo y de bondad, ¡¡eso es innegable!!... ¡En mí tengo la prueba fehaciente, Saturnino! Ese diez por ciento que me ceden los herederos.

SATUR. *(Asombrado.)* ¿Que le ceden a usted?

PER. ¡Y hay que ver la bicoca! *(Sacando un papelito.)* "Ciento veintisiete mil trescientas once pesetas."

SATUR. Pero..., pero..., ¿por qué le ceden a usted una suma de esa importancia?

PER. ¡Qué preguntas tan cándidas! Por afecto, por simpatía personal. ¿Tú no comprendes la simpatía personal de los herederos al único albacea?

SATUR. ¿Y lo dan voluntariamente?

PER. Encantados. Antolín, además, quería sacarme los ojos.

SATUR. Sacarle los ojos...

PER. Supongo yo que por tener algún recuerdo mío. Pero vamos, todo se llevó con la más exquisita corrección. Yo les dije, la tarde misma en que leímos el testamento, que tendría mucho

gusto en que me cedieran esa cantidad. Les debió hacer gracia, porque se rieron muchísimo.

SATUR. ¿Qué más?

PER. Nada más. Pasaron tres días, y fué Antolín a verme; le contesté que aún no había tenido tiempo para empezar a ocuparme de los asuntos de ellos. Pasaron cuatro días más y fué Jacobo. Le contesté que aún no había tenido tiempo, etcétera. Pasaron otros veinte días, y fueron todos los herederos juntos a interrogarme, alegando sus prisas, y sus impaciencias, y sus negocios, y yo les contesté, asombrado: "Pero ¿están ustedes locos? ¡Pensar que puede terminarse en treinta días, ni en treinta meses, una testamentaría de esta gravedad!..." No les debió hacer gracia, porque no se rieron nada...

SATUR. Me lo explico.

PER. A la mañana siguiente volvió Antolín a proponerme el dos. Nos reímos los dos... Luego escalonaron las ofertas, y al fin llegamos al diez, coincidiendo con el día en que yo terminaba las operaciones testamentarias. Ayer, precisamente.

SATUR. ¿Y si no transigen no se terminan?

PER. Ellos mismos reconocen la imposibilidad material.

SATUR. Y esa... donación, ¿va a constar en las partijas?

PER. ¡Qué preguntas tan cándidas, Saturnino! En los documentos, lo legal aparece como legal, y a lo ilegal se le reviste de más legalidad todavía. Eso es el a b c de lo ilegal, Saturnino...

SATUR. Luego usted declara...

PER. Que voy de hiena con las hienas. ¿Querías que fuese de caballero adonde los otros van de buitres? ¡Pues claro que voy así! ¿A mí qué me importan ellos? Somos extraños; se llevan una fortuna por casualidad, y por la misma razón de casualidad estoy yo en condiciones

de imponerme... ¡Pues a repartir si desean paz y dinero!... *(Sonriendo.)* Y repartimos.

SATUR. *(Con sorna.)* Amistosamente...

PER. Amistosamente, sí. No conozco ninguna causa de simpatía más poderosa que un negocio. Pon un negocio mutuo entre hombre y hombre, y acaban siendo íntimos amigos; pon el negocio entre hombre y mujer, y acaban siendo amantes, mientras que si pones únicamente el amor, muchas veces acaban sin ser nada.

PER. No hay amor más fuerte ni más duradero que el amor que nace fuera de toda idea de amor e injertado en una idea de interés... Como las rosas, que degeneran en los rosales y se embellecen en los espinos.

SATUR. Es verdad.

PER. Es verdad, y esto explica el por qué las mujeres suelen querer mejor y más pronto a los hombres malos, a los espinos de la Humanidad.

SATUR. Les dan más aureola que los buenos...

ESCENA VI

Dichos. Paz, por la derecha.

PER. *(Con asco y con desprecio.)* Y el bueno que se encuentra a una mujer desvalida, sola .., y por quijotismo se aproxima a ella...

PAZ. Felices, don Perfecto.

PER. Felices. *(Sonriendo a Saturnino.)* Es un mal hombre si la desampara.

SATUR. *(Aparte a Perfecto.)* Me parece que no iba usted a concluir así la idea.

PER. Quizá no; pero los hombres no saben nunca cómo concluyen cuando entra una mujer... *(Yendo a Paz.)* ¿También usted se engalanó, Pacita?

PAZ. También yo. Hoy me despido de los sueños locos, y a un día triste no quiero añadirle tris-

tezas. Me puse galas, como usted dice: unas flores en el pecho, otras flores por la casa, y he mandado abrir las ventanas para que entren el aire y la luz. ¡Son alegrías chiquirriticas y un poco infantiles; pero, al menos, cuando las cosas grandes vengan haciendo daño, las cosas pequeñas nos darán su pequeñísima alegría! *(Saturnino la mira y, apenado, va retirándose por el foro.)*

PER. Las pequeñas cosas que hacen grande la vida... ¡Sé de algunas que yo tuve...!, pero que ya no sé adónde han ido a parar! *(Pausa. Afectuoso.)* Flores por la casa, bien están; flores en el pecho, bien están. ¿Y dentro? ¿No hay una florecita, ni una hierba olorosa, ni un brote?

PAZ. *(Ingenua.)* ¿De qué, don Perfecto?

PER. De esperanzas, doña Pacita. *(Pausa.)*

PAZ. *(Después de mirar a Perfecto y mirar al suelo varias veces.)* ¿Muy pequeñitas?

PER. Muy pequeñitas.

PAZ. ¿Invisibles casi?

PER. Invisibles del todo, pero con sus raicillas muy hondas.

PAZ. De ésas sí creo que hay algunas.

PER. ¿Y en qué se cifran? El testamento, por desgracia, está muy claro.

PAZ. En él ya sé que no hay posibilidad de esperar nada.

PER. ¿En mí?

PAZ. ¿Y usted qué puede hacer? Repartir mejor o peor, pero entre los nombrados únicamente.

PER. Voluntad no me falta...

PAZ. *(Cariñosa.)* Ya lo sé. Usted es muy bueno, aunque no se atreve usted a mostrarse todo lo bueno que es por temor a las burlas de los que tienen acaparada la bondad oficial.

PER. *(Riendo. Conmovido.)* ¡Pacita, Pacita! Cuando yo me lance a ser bueno, muchos van a decir que soy muy malo. Pero sigamos con lo tuyo. ¿En quién confías? Te tuteo, ¿verdad?

PAZ. Si usted quiere...
PER. Gracias. ¿En la esplendidez de los herederos?
PAZ. No.
PER. ¡Claro que no! Eso sería más absurdo que un sombrero barato de señora. ¿Y entonces? Hemos descartado ya a todos los que pudieran ayudarte. ¿En quién confías tú? Dímelo, Pacita, dímelo.
PAZ. ¿No se reirá usted?
PER. Es posible... pero dilo, dilo.
PAZ. *(Ruborosa.)* En un caballero andante...
PER. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡¡Huy!!
PAZ. *(Cortada.)* ¿Me callo?
PER. No. *(Declamando.)* "En un caballero andante, que viene por los campos..."
PAZ. No...
PER. ¿Que ya vino? *(Declamando.)* "Que ya vino por los campos..."
PAZ. No. En el tren.
PER. Eso quería yo decir. Rocinante ahora come carbón y bebe gasolina. Pegaso tiene motor... ¡Van con el tiempo! Sigue, sigue.
PAZ. Y me prometió solemnemente amparo y defensa.
PER. ¿Es Juan Antonio?
PAZ. Juan Antonio.
PER. No hay motivo especial para que yo desconfíe de las promesas que pudo haberte hecho, pero cuidado, Pacita, no vayamos a forjar una novela sobre la base de un ofrecimiento cortés o de una galantería.
PAZ. Es que usted lo trata muy poco.
PER. ¿Y tú?
PAZ. Un poco más. Y he podido apreciar toda la delicadeza de su conducta y toda la bondad de su alma.
PER. *(Llevándose las manos a la cabeza.)* ¡¡Huy!!
PAZ. *(Cortada.)* ¿Qué he dicho?
PER. Vamos a ver si sabes lo que has dicho. Juan Antonio... ¿te galantea?
PAZ. ¡No, señor!

PER. ¿Pues qué hace?

PAZ. Nada.

PER. No es mucho. ¿Qué te dice para que aprecies su alma?

PAZ. Una porción de cosas... y ninguna. Ninguna de eso...

PER. ¿De qué, Pacita?

PAZ. De eso que usted pregunta. No se haga el bobo, don Perfecto.

PER. ¿De manera que, sin haber nada concreto ni definitivo entre vosotros, tú comprendes que Juan Antonio, por lo amable, por lo asiduo y por lo cariñoso, tiene una gran simpatía hacia ti?

PAZ. ¿Ve cómo es usted listo, don Perfecto?

PER. Gracias. ¿Y tú? ¿A qué altura andas tú de eso?

PAZ. ¿De simpatía?

PER. Si le quieres llamar de otro modo...

PAZ. ¡No, no!

PER. Bueno. ¿Cómo andas?

PAZ. Pues yo... ¡póngase usted en mi lugar...!

PER. ¡No!

PAZ. Compréndame usted... ¿Cómo he de resistirme yo, desamparada y pobre, a sentir una gratitud y una estimación inmensa por quien puede traerme cariño, amparo y fortuna, cuando todo ello viene de un hombre joven, elegante, simpático, de talento...?

PER. *(Interrumpiéndole.)* Bien, bien; cerremos ese grifo...

PAZ. ¿No tengo razón...?

PER. Bastante.

PAZ. El primer día ya, y viéndome desconsolada, me dijo lo más hermoso, lo más noble y lo más leal que ha oído una mujer: "si me necesitas, yo vendré para tu defensa con yelmo y lanza y caballo escuálido por si he de cabalgar. Soy tu caballero andante si es preciso; si no es preciso, no soy nada..."

PER. Mi pobre vista está ya muy débil. En el ban-

do de buitres venía el halcón y no lo ha distinguido.

PAZ. Ahora ya sabe usted por qué tierra nacen las florecitas de mis esperanzas.

PER. Que Dios te las bendiga.

PAZ. Eso está bien contestado. Ya no dice usted, y yo se lo agradezco de todo corazón, aquellas palabrotas feas que lastimaban los oídos.

PER. No te las digo a ti... porque tú mereces que te hablen con respeto, y mis malas respuestas, aun las más rápidas, se detienen un momento en el aire para hacer su *toilette* antes de que tú las oigas.

PAZ. *(Abrazándole.)* ¡Cuando yo digo que es usted muy bueno!

PER. *(Sonriendo gozoso.)* Cuando tú lo dices, me lo creo yo también.

PAZ. *(Dándole la mano izquierda para despedirse y con la derecha imponiéndole silencio.)* Y de lo que hemos hablado, chitón, ¿eh...?

PER. *(Haciendo el mismo ademán.)* Chitón.

PAZ. Guardemos el secreto... aunque si la alegría tuviera cascabeles, como la locura, por toda la casa se oiría conmigo el tintineo.

PER. Ojalá se oiga pronto.

PAZ. Pero mientras, chitón, don Perfecto.

PER. Chitón, doña Pacita. *(Mutis Paz, marcándose silencio, por la derecha.)*

ESCENA VII

Perfecto, que un momento queda inmóvil y sonriente, mirando hacia el sitio por donde marchó Paz. Luego, *Saturnino* y *Juan Antonio,* por el foro.

J. ANT. Buenos días, señor Sanjuanella.

PER. *(Saludándole con afecto.)* Muy buenos, Juan Antonio. ¿Se ha terminado la reunión?

J. ANT. Sí.

SATUR. Mil duros cada uno. En total cinco mil duros.

J. ANT. A pesar de todos mis esfuerzos no he podido conseguir que señalaran una cifra mayor.

PER. Ya me lo figuraba.

J. ANT. Y vengo a comunicárselo a la pobrecilla Paz.

PER. *(A Saturnino.)* Avísela. *(Mutis Saturnino pausadamente por la derecha.)*

J. ANT. He luchado y la he defendido lo que usted no puede imaginarse.

PER. Ya supongo que la defenderías; de eso está ella también persuadida.

J. ANT. Pero nada: fuí a estrellarme contra la indiferencia. ¡Le aseguro a usted que he peleado con uñas y con dientes!

PER. *(Dándole palmaditas afectuosas.)* Lo creo, lo creo...

J. ANT. Hasta que yo mismo tuve sonrojo de insistir más.

PER. *(Abrazándole.)* Comprendo tu situación, la comprendo.

J. ANT. Realmente es una miseria y una felonía que se comete con esa criatura.

PER. No te apures, no te apures. ¿Te tuteo, verdad?

J. ANT. Bueno...

PER. Y no pienses que va a tener una pena muy honda con la noticia.

J. ANT. ¿No?

PER. No. Ya hemos descontado, ella y todos, que no darían más que lo absolutamente preciso para cumplir lo que se les ordena en el testamento.

J. ANT. Pero ella, ¿tiene algo más para vivir?

PER. Sí, hombre. Tiene su corazón, su bondad y su carita preciosa. No son hipotecas, pero son bienes.

J. ANT. Eso sí.

PER. A mí me gusta mucho. Es del tipo de las mujeres que fueron mi debilidad cuando yo era fuerte. Yo no he sentido nunca una gran atracción por las estatuas ni por las líneas majestuosas, sino por las caras expresivas y movi-

bles... vamos, a mí me gustaron siempre esas que salen mal en los retratos.

J. ANT. Es un gusto, sí, señor.

PER. ¿Y a ti?

J. ANT. A mí, todas.

PER. ¿Y para los demás el resto? No es ninguna exageración la tuya, y esa ideíta ya la hemos tenido varios...; pero desdichadamente, al llegar la hora de la formalidad, es menester decidirse por una sola.

J. ANT. Eso, claro; pero mientras me llega el turno... ¡ancha es Castilla!

PER. ¿Ancha es Castilla? Tienes razón; sí, es ancha.

J. ANT. Llevo ya muchos días encerrado en el pueblo. Ahora a Madrid una temporada; y después ya veremos adónde. Habrá que darle aire a los cuartos que se pescan.

PER. Yo creía que alguien te detuviera en Villalinda.

J. ANT. ¿Alguien? ¿Paz?

PER. Paz.

J. ANT. Es una mujer encantadora. Llevo de ella un buen recuerdo, y siempre que necesite de mi amistad la ha de encontrar.

PER. ¿Amistad, Juan Antonio?

J. ANT. Nada más: grandísima, sí, pero nada más. Es una muchacha muy mona, muy agradable y con la que he charlado complacidísimo; pero usted reconocerá que yo, por las circunstancias, decentemente, no podía intentar cosa alguna fuera de ese terreno.

PER. Pensando en casarte...

J. ANT. Pero como no pensaba en eso, me guardé mucho de dar ocasión a murmuraciones que la perjudicaran.

PER. Ha hecho usted perfectamente.

J. ANT. Era un deber elemental.

PER. Que ha cumplido usted como buen caballero.

J. ANT. ¿No me tutea usted ya?

PER. *(Sonriendo.)* La falta de costumbre... se equi-

voca uno. *(Serio.)* ¿Y no teme usted que haya podido ver ella en la asiduidad de usted...?

J. ANT. Hágame usted el favor de no considerarme tan fatuo que la crea enamorada porque hablásemos unas cuantas tardes, máxime cuando Paz no ha tolerado nunca galanterías ni bromas de cierta índole.

PER. ¿Y si lo estuviera?

J. ANT. ¡Se engaña usted! Pero aun admitiendo ese caso inverosímil, yo no voy a contraer matrimonio sólo por no disgustar a una señorita, aun siendo tan digna y tan merecedora de todo como lo es Paz.

PER. Eso es muy lógico, sí, señor. Y conste que no fué más que una gana de hablar...

J. ANT. Ya, ya. ¿Se ha metido usted a casamentero?

PER. ¿Yo?... No. Mi carácter se amolda mejor con las distracciones pacíficas. Ya ve usted... ¡Tan contento con ser albacea!

J. ANT. ¡Ahí bien nos estrujó usted!

PER. Sí, señor. Y a eso iré siempre muy gustoso. ¿Pero de casamentero? No, no va eso con mi carácter. Se lo juro a usted...

J. ANT. Decididamente, ¿no me tutea usted?...

PER. Ya lo he intentado... y no puedo. Por lo visto, tampoco va con mi carácter. Dispénseme usted, don Juan Antonio...

ESCENA VIII

Dichos: Paz y *Saturnino,* por la derecha.

PAZ. Juan Antonio...

J. ANT. Paz... *(Se saludan y hablan.)*

PER. *(Cogiéndole del brazo.)* Ven, Saturnino, ven. Acabo de recibir una gran satisfación. Creía tener la vista débil, cansada..., ¡y no! Veo mejor que todos.

SATUR. ¿Por qué lo dice usted?

PER. Me disputaban, me porfiaban que en el bando

de buitres venía un halcón... ¡y no!, venían buitres solamente. Anda, Saturnino, anda· se aproxima el instante de la adjudicación y deseo repasar la copia del testamento, porque voy tras una idea.

SATUR. ¿Una idea de qué?...

PER. De zorro. Anda, Saturnino, anda. *(Llevándoselo, mutis por la derecha.)*

ESCENA IX

Paz y Juan Antonio.

PAZ. Siéntate...

J. ANT. Vengo de mensajero y con una comisión enojosa que no pude eludir...

PAZ. ¿De la herencia? Pues no frunzas el ceño, Juan Antonio. Ya sé perfectamente a lo que debo atenerme, y unos céntimos más o unos céntimos menos no varían la situación.

J. ANT. Pero ser yo el encargado de traerte malas nuevas me mortifica...

PAZ. No te disgustes por mí. La casa tiene una huerta magnífica, y a mal dadas, el régimen vegetariano dicen que es el más higiénico. ¡Mira por dónde voy a salir ganando en salud!...

J. ANT. ¿De veras no lo sientes?

PAZ. ¿No pretenderás que me cause un regocijo muy grande el que se lo lleven todo?... Pero maldecir o rebelarme..., tampoco. El disgusto ya lo tuve... y ya pasó. Ahora no lo tengas tú para transmitirme el acuerdo.

J. ANT. Es una miseria tal, ¡que avergüenza el decirlo!

PAZ. No es culpa tuya...

J. ANT. ¡Eso no! ¡Te he defendido como una fiera!

PAZ. Pues entonces, dilo y acaba el mal rato.

J. ANT. Te dejan cinco mil duros.

PAZ. ¿Cada uno?

J. ANT. Entre todos.

PAZ. Bien... *(Pausa breve; serenándose.)* Iremos al régimen vegetariano.

J. ANT. ¡Calla!

PAZ. ¿Encuentras peor decirlo que pasarlo?... Pero cambiemos pronto de tema, que yo aún no sé de nadie a quien le hayan valido de algo sus lamentaciones, y no voy a ser la excepción. *(Cambiando de tono.)* Y tú... ¿qué? ¿contento?

J. ANT. Lo sabré cuando me respondas, que yo no hubiera venido a verte con el único bagaje de una mala noticia, y hasta ahora lo que estoy es rabioso conmigo mismo.

PAZ. *(Un poco azorada ya, mirándolo sin atreverse a mirar.)* Siendo para que tú no rabies, claro que te escucharé...

J. ANT. Y hay que aprovechar la oportunidad, porque mañana marcho a Madrid.

PAZ. *(Ya nerviosa.)* Entonces...

J. ANT. ¿No te parece?

PAZ. No sé... *(Sonriendo forzosamente.)* No sé lo que me parecerá, hasta que tú lo digas.

J. ANT. Pues óyelo. ¿En ti no habrá ni la duda siquiera de que yo te profeso una gran amistad?... Contesta.

PAZ. No.

J. ANT. ¿Cómo que no?

PAZ. No; que no dudo: es como sí, que sí lo creo...

J. ANT. Lo que un día te dije de ampararte, hoy lo repito con la misma buena voluntad y con el mismo deseo firme de cumplirlo. En cualquiera ocasión y por cualquier motivo que me necesites no tienes más que poner una línea y estaré a tu lado.

PAZ. *(Con un poquito de angustia.)* ¿Una línea? ¿Escribir?

J. ANT. O telegrafiar.

PAZ. *(Desconcertada.)* Sí, telegrafiar... Gracias, gracias...

J. ANT. Y tengo también la pretensión de creerme que no soy un extraño para ti. ¿Lo soy?

PAZ. Sí...

J. ANT. ¿Cómo que sí?...

PAZ. Que sí haces bien en figurártelo: es como no: que no eres un extraño.

J. ANT. Pues vamos a demostrar eso, pidiéndote un favor. Si lo concedes, será señal de tu aprecio: si lo niegas o lo discutes, será que no correspondes en igual medida que la mía.

PAZ. *(Deshojando nerviosamente las flores.)* No sé, Juan Antonio...

J. ANT. ¿No lo sabes, Pacita?...

PAZ. Puede que lo sepa... pero no te voy a contestar antes de que me preguntes.

J. ANT. Después... y me basta. Aunque yo he prometido que te defendería, y te defendí con todas mis fuerzas, los resultados han hecho traición a mis propósitos y a mis esfuerzos, y no logré para ti lo que legítimamente deseaba y lo que te era debido en consecuencia. ¡Total, esa mezquindad de los cinco mil duros!

PAZ. Si vieras qué poco pienso en ellos ahora...

J. ANT Pues hay que pensarlo, que la vida es muy dura. El favor que te pido, y que tú no me negarás, Pacita, es que aceptes de mí otros cinco mil. ¿Los aceptas, Paz?

PAZ. *(Que lo miraba ansiosamente, baja la cabeza y niega con el gesto.)*

J. ANT. No te puede ofender mi proposición. ¡Acéptalos, Paz!

PAZ. *(Con el gesto, niega.)*

J. ANT. Con la amistad nuestra, ése es un orgullo que no viene a cuento. ¡Acéptalos!

PAZ. *(Con el gesto, niega.)*

J. ANT. Yo no reclamo de ti que conserves una gratitud eterna por esta pequeñez, pero que me respondas siquiera si la merezco, Paz.

PAZ. Pues te respondo que estoy muy agradecida a tu generosidad, y que no la acepto.

J. ANT. ¿Por qué?

PAZ. Porque yo también soy generosa, porque la

vida es muy dura, y porque no quiero privarle a tus diversiones de ese dinero.

J. ANT. ¿He debido dar más...?

PAZ. ¿Más? ¿Más dinero? *(Dándole la mano.)* Muchas gracias, Juan Antonio, y que lleves muy buen viaje.

J. ANT. *(Sin aceptar la mano.)* ¿No los aceptas?

PAZ. No.

J. ANT. *(Enfadado.)* ¡Como quieras! Pero te juro que de ti esperaba todo, todo, menos que tomaras a ofensa un ofrecimiento leal y amistoso.

PAZ. Pues si a juramentos vamos, Juan Antonio, yo te juro también que esperaba de ti todo, todo, menos dinero .. *(Los dos quedan inmóviles un momento; de pronto, Juan Antonio avanza y la coge bruscamente por la espalda.)*

J. ANT. ¡Mírame!

PAZ. *(Defendiéndose.)* ¡No!

J. ANT. ¡Mírame! ¡Mírame! *(Cuando ella le mira.)* ¿Qué esperabas tú de mí?

PAZ. *(Queriendo escapar.)* Déjame..., déjame...

J. ANT. *(Sujetándola.)* ¡No! Por segunda vez vuelve hoy la misma acusación contra mí, y no la tolero.

PAZ. Nadie pudo decirte...

J. ANT. ¡Sí, pudo!

PAZ. ¡No puede ser!

J. ANT. Don Perfecto ha sido.

PAZ. No puede ser porque me dió su palabra de callarlo.

J. ANT. ¿Callar el qué?

PAZ. *(Desconcertada por su involuntaria confesión.)* ¡Ay...!

J ANT. Mira, Pacita, no juguemos a los despropósitos. Yo me precio de haberme portado lealmente contigo.

PAZ. Sí, sí...

J. ANT. Y de no haber dado ocasión para que te imaginaras que en mí existía algo distinto de la amistad.

PAZ. No, no...

J. ANT. ¡Que no!
PAZ. Que no, que sí, que no diste ocasión nunca para imaginarme nada.
J. ANT. Pues a pesar de todo me lo dicen y yo necesito saberlo con fijeza. Hablemos claro.
PAZ. ¡No, claro no!

ESCENA X

Dichos. Por la derecha, *Saturninio* y *Perfecto,* que se asombra un poco y en seguida sonríe.

J. ANT. *(Volviendo a sujetarla.)* Muy claro. ¿Tú me quieres?
PAZ. No, no...
PER. Sí, hombre, sí.
J. ANT. *(Dejándola y volviéndose a Perfecto.)* Le agradezco a usted su intervención, pero he de oírselo a ella y no a usted. ¿Me quieres? ¿Sí o no?...
PER. Contesta: tiene razón para exigírtelo.
PAZ. Yo... yo... lo que dice don Perfecto.
PER. Que sí, que te quiere, y que está convencida de que la quieres tú.
J. ANT. ¿Es verdad, Paz?
PER. ¿Extendemos un certificado?
J. ANT. ¡Contéstame!
PAZ. ¿Y tú?
J. ANT. Yo... *(Atrayéndola con un arranque.)* Con la predisposición que tengo, lo que me sorprende es haber tardado tanto...
SATUR. *(A Perfecto.)* Vió usted mal: era un halcón.
PER. No. Una rapiña..., pero joven. Le pasó el amor muy cerca y no supo resistir a la tentación de clavar la garra...
SATUR. ¿La hará feliz?
PER. Supongo que sí..., y temo que no. Ya te responderé con exactitud dentro de unos años.
SATUR. *(Yendo a ella.)* Enhorabuena, señorita...

PER. Enhorabuena, Juan Antonio... que tú eres el que gana más.
J. ANT. ¿Ahora me tutea usted...?
PER. Sí. Por lo visto está en mi carácter...
J. ANT. Antes no estaba.
PER. Ni antes sabías tú a quién adorabas...
PAZ. *(Llevándose algo aparte a don Perfecto.)* ¿Ve usted cómo hacía yo bien confiando en mi caballero andante...?
PER. Porque le gustas como mujer: ésa es la razón, que las demás de poco te valdrían. Pacita, Don Quijote era un loco: ahora son locos los que aguardan por un Don Quijote.
PAZ. ¡Pues yo acerté!
PER. Acertaste. Tuya es la sabiduría.

ESCENA XI

Dichos. Ambrosia, por el foro.

AMBRO. Señorita, ahí están.
PAZ. Que pasen. *(Mutis Ambrosia.)*
PER. Que pasen.
PAZ. Renuncie usted a todo en mi nombre.
PER. Bien. Hazme el obsequio de marcharte unos minutos. Yo te avisaré.
PAZ. Bueno. *(Mutis Paz por la derecha.)*
PER. Quédate, Saturnino. Eras el apoderado de los bienes de don Santiago de la Iglesia: ahora te nombro apoderado de las almas de sus herederos.
SATUR. ¿Y qué voy a hacer con ellas?
PER. Lo que se te ocurra. Y si te dan algo, traspásalas; puede que en eso esté el negocio para ti.
SATUR. Puede.

ESCENA XII

Perfecto, Juan Antonio y *Saturnino.* Por el foro, *Matilde, Antolín, Jacobo* y *José*

MATIL. Buenos días.
SATUR. Buenos días.

JOSE. ¡A ver si terminamos!

PER. Sí, querido colega. Porque usted y yo somos colegas de excavaciones. Usted en piedras y en tierras, buscando los fósiles prehistóricos; yo en cuerpos y en almas, buscando las pasiones. Y lo curioso, lo curiosísimo, lo que más nos asemeja, mi distinguido y eminente compañero, es que yo a veces descubro en las almas muchos fósiles también. Hoy le enseñaré a usted varios.

MATIL. Vamos a las partijas de una vez, señor Sanjuanella.

PER. Vamos. Arreglado ya lo que ustedes bondadosamente me ceden...

MATIL. ¡Lo que usted nos roba!

PER. Bien. Lo que ustedes bondadosamente se dejan robar; pasemos al último detalle previo. ¿Qué han destinado ustedes...?

ANTO. ¿Para doña Paz? Mil duros cada uno.

PER. Diez mil duros cada uno. Bien.

MATIL. No, nó. Mil, mil.

PER. Eso no es generoso.

MATIL. Usted dirá por qué lo íbamos a ser.

ANTO. ¿Qué nos importa esa señorita?

JACO. ¿Ni qué obligación tenemos de generosidades?

JOSE. ¡Bastante se nos lleva usted ya!

MATIL. Y si don Santiago la quería, que don Santiago se lo hubiera dejado; nosotros, no.

ANTO. ¡Exacto!

JOSE. ¡Exacto!

PER. Un momento, un momento. Mi opinión...

MATIL. No nos interesa.

PER. Mi opinión personal y particularísima, claro que no: mi opinión de albacea, claro que sí. Y yo les propongo a ustedes que con la misma bondad que para mí, cedan a esa pobre muchacha...

MATIL. Si usted le tiene mucho cariño, usted sabrá por qué...

ANTO. Y de lo suyo, dele usted lo que le parezca.

JACO. ¡De lo nuestro, no!

PER. ¿Y quién habla de cariños al hacer partijas? De negocio, señores, de negocio. No extraviemos la cuestión llevándola a un terreno sentimental, que sería impropio del adorado seis por ciento de usted, don Antolín.

MATIL. ¡Acabemos!

PER. Para terminar, pues, propongo que deje cada uno diez mil duros... o que se lo dejen todo. Ustedes elegirán.

ANTO. ¿Esto es una broma?

JOSE. ¿O es que usted se ha vuelto loco?

PER. Fíjese usted en mi opinión de albacea, queridísimo compañero. La parte de usted es de cincuenta mil duros, menos mil para doña Paz: quedan en cuarenta y nueve mil. Pues yo le adjudico a usted los mil duros y a doña Paz los cuarenta y nueve mil.

ANTO. ¡Usted no puede hacer eso!

PER. Al revés: yo debo hacer eso, si he de cumplir escrupulosamente lo que manda el testamento.

MATIL. ¡No diga usted disparates!

PER. Yo no tengo la culpa de que ustedes no sepan leer.

JOSE. ¿Pero qué está usted diciendo, hombre?

PER. Saturnino, la cláusula de institución de herederos.

SATUR. *(Leyendo.)* "Y en el resto de mi fortuna instituyo como herederos a mis hermanos y a mis sobrinos, rogando, y si fuera menester mandando, a todos y a cada uno, que de su parte dejen a doña Paz del Haro lo que ellos quieran..."

PER. ¿Qué es lo que ustedes quieren de los cincuenta mil duros? ¿Cuarenta y nueve mil? Pues ésos para doña Paz.

MATIL. El testamento dice lo contrario.

PER. No, no. Que dejen "lo que quieran".

MATIL. Dejar.

ANTO. Se sobreentiende "dejar".

JACO. ¡Evidente!

JOSE. ¿Qué duda cabe?

PER. No, no. Para entenderlo está el albacea. Y ustedes transigen con lo que he propuesto o lo adjudico de ese modo.

MATIL. ¡Eso es una canallada!

JOSE. ¡Un robo!

JACO. ¡Una villanía!

ANTO. ¡Una estafa! ¡Una verdadera estafa!

PER. Puede que sea todo eso; pero como ustedes se lo merecen por tacaños, a eso voy muy complacido. Ustedes resolverán.

MATIL. Resolverá el juez.

ANTO. ¡Claro que vamos al pleito!

JOSE. ¡Al pleito, al pleito!

JACO. ¡Inmediatamente; ahora mismo, al Juzgado!

PER. ¿De veras van ustedes a pleitear?

MATIL. ¡Y tan de veras!

PER. ¿Palabra de honor?

JACO. Palabra de honor, ¡ya lo creo!

ANTO. ¡Desde aquí, al Juzgado!

PER. ¿De veras...?

MATIL. ¡Vaya!

PER. Gracias, gracias, gracias... No creía yo que fueran ustedes tan buenos para mí...; ¡gracias, gracias!

MATIL. ¿Tan buenos?

PER. ¡Saturnino... Saturnino! La cláusula décimatercera.

SATUR. *(Leyendo.)* "Caso de haber pleito, promovido por los herederos, la renta de la parte que se litigue corresponderá al albacea..."

PER. ¡Gracias, gracias!

SATUR. *(Leyendo.)* "Hasta que recaiga sentencia definitiva..."

PER. ¿Sentencia definitiva? El pleito y los incidentes del pleito... No voy a vivir años para disfrutar de tanto...

ANTO. ¡Al pleito, no!

MATIL. ¿Y entonces? *(Una pausa, mirándose unos a otros.)*

SATUR. *(Aparte a Juan Antonio.)* El zorro vuela más que el buitre.
J. ANT. Puesto que los ha cazado, sí debe volar más.
PER. En mi opinión de albacea, lo que yo propongo es lo más cómodo, lo más rápido y lo más barato. ¡Ah!, y lo más bondadoso. ¡La nobleza del alma de ustedes dejándole espontáneamente una cantidad así a la pobre desheredada! *(Otra pausa.)*
ANTO. Lo más barato, sí es.
MATIL. ¿Tú qué dices, Juan Antonio?
J. ANT. Lo más rápido, sí es.
JOSE. ¡Pero nos roba por segunda vez...!
PER. Pues apresúrese, no vaya a ocurrírseme otra idea y les robe por tercera vez.
MATIL. ¿Qué dices tú, Jacobo?
JACO. Lo más cómodo, sí es.
J. ANT. ¿Aceptamos? *(Otra pausa.)*
JACO. *(Afligido.)* Mis niños... mis pobres niños...
MATIL. ¡Y ahora mismo a la Notaría para firmarlo!
PER. Bueno.
MATIL. Pues decidido. Yo lo acepto.
JACO. *(Triste.)* Y yo.
ANTO. Y todos.
MATIL. ¡Es usted un canalla, don Perfecto!
ANTO. Don Perfecto, es usted un...
PER. *(Interrumpiéndole.)* ¡Cuidado! *(Sonriendo.)* Que esta señorita diga lo que se le antoje, yo no le replicaré a una señorita. ¡A ustedes sí!
MATIL. Yo tendré a gala no hablar jamás con usted... ¡Vamos!
PER. Ahora mismo iré yo. *(Mutis rápido Matilde; los otros salen lentos y cabizbajos.)*

ESCENA XIII

Perfecto, Saturnino y *Juan Antonio.*

SATUR. *(Dándole la mano afectuoso.)* ¿Por qué se deja usted llamar ladrón?
PER. Porque lo soy para ellos. Ya le advertí a Pa-

cita que cuando yo me lanzara a ser bueno, muchos iban a decir que soy muy malo... *(Llamándola.)* ¡Paz...! ¡Paz...! ¡Pacita...!

ESCENA XIV

Dichos, Paz, Ambrosia y *Blas.*

PAZ. *(Por la derecha.)* ¡Don Perfecto!

PER. Apoderado de almas, habla tú.

SATUR. Los señores herederos...

PER. Bondadosamente, cariñosamente...

SATUR. Sí. Los señores herederos, bondadosamente, le dejan a usted diez mil duros cada uno.

PAZ. *(Encantada.)* ¿Sí...?

BLAS. *(Brincando.)* ¡La trampa, la trampa! ¡Ahí está la trampa! ¡No sé dónde está; pero ahí está, señorita!

SATUR. Es muy grande la bondad de ellos...; pero créame, señorita, agradézcaselo usted mucho, mucho, a don Perfecto.

PAZ. ¡A don Perfecto!

JACIN. ¿A don Perfecto?

SATUR. Sí.

J. ANT. Sí. A él solo. *(Jacinta avanza y le larga un par de besos sonoros a don Perfecto.)*

PER. Ya estoy castigado...

JACIN. ¡Ahora sí que le voy a traer a gusto una copita!

PER. Gracias, no bebo...

JACIN. ¿Que no bebe?

PER. No. Empleo los licores para tonificarme. La justicia y la felicidad me tonificaron hoy. No bebo, Jacinta...

PAZ. *(Que habló con Juan Antonio, acercándose.)* ¡Cuando yo juro y perjuro que es usted muy bueno!

PER. No confiaba en que se doblegaran tan pronto a mis exigencias, y para que tú no sufrieras privaciones yo los he robado, Pacita.

PAZ. ¿Que usted ha robado? ¡No!

PER. Sí. El diez por ciento que les quito era y es para ti. Ya lo sabes.

PAZ. ¡No!

J. ANT. No. Tenemos mucho, mucho más de lo que pensábamos. Quédese usted con eso.

PAZ. Se lo ruego...

PER. *(Cariñoso.)* Bien, me lo quedaré. En el mundo todo es negocio... Lo que yo ignoraba es que fuera tan gran negocio el ser bueno y ser leal.

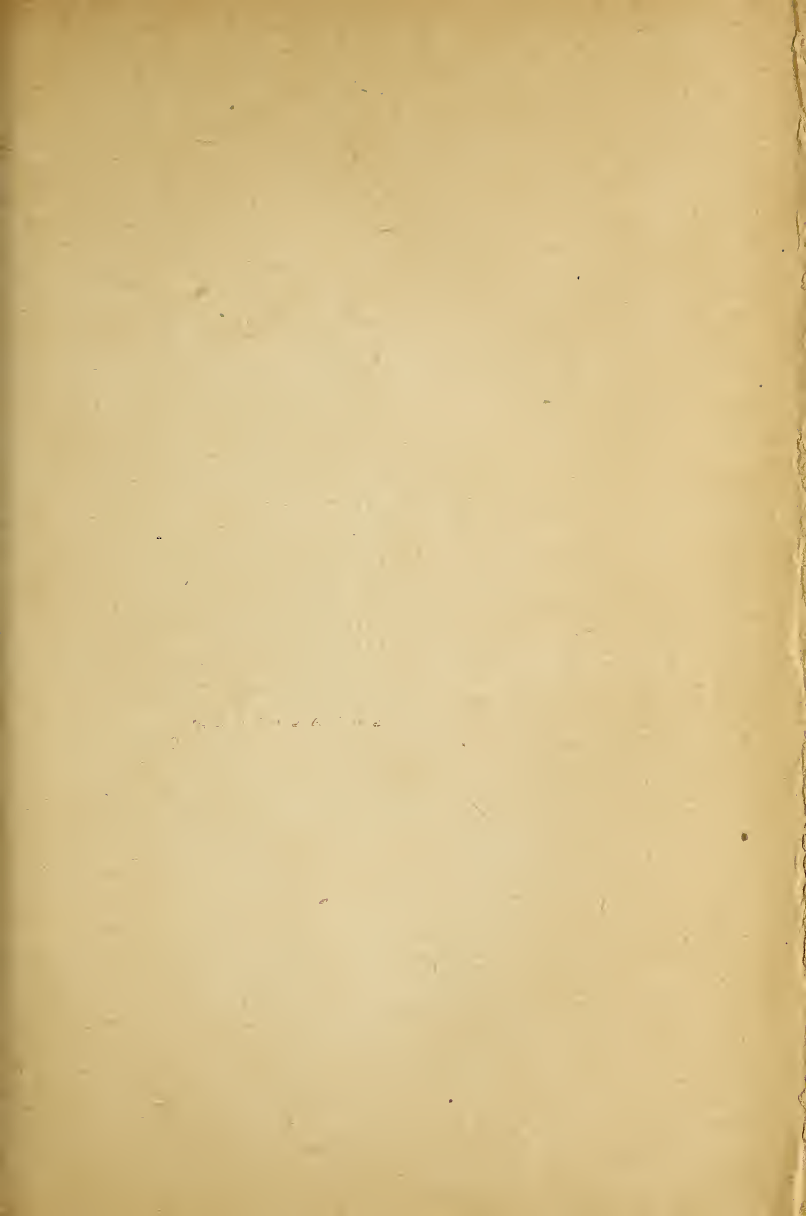
PAZ. Ya lo sabía... Para los buenos siempre viene de alguien una bondad... ¿No es muy cierto, Juan Antonio?

J. ANT. ¡Pacita! *(Abrazándola.)*

BLAS. ¡Ahora que no miran, Ambrosia! *(Abrazándola.)*

PER. Jacinta... Abrázame... Para no quedar yo descabalado, mujer... *(Jacinta lo abraza, y abrazadas quedan las tres parejas.)*

TELON





Imp. Sáez Hermanos,
Norte, 21. — Madrid.